11693

EL COLISEO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICO-DRAMÁTICAS.

DE

J. M. G.

LA URRACA LADRONA.

8 REALES.

MADRID.

IMPRENTA DE CRISTÓBAL GONZALEZ.
San Vicente alta, núm. 52.

1863.

21.

CATÁLOGO

DE LAS OBRAS DRAMATICAS DE ESTA GALERIA.

DRAMAS Y COMEDIAS EN TRES O MAS ACTOS.

La Urraca ladrona.
Las consecuencias del juego.
La Huérfana de Ginebra.

PIEZAS EN UN ACTO.

Una ganga.
Un dia de azares.
Una boda á quema-ropa.
Un gallego singular.
El sasire del Campillo.

Cuando se ejecute alguna obra, cuya propiedad ignoren los señores comisionados, exigirán el libro impreso, para si pertenece á esta Galería reclamar y cobrar los derechos.

LA URRACA LADRONA.

LA URRACA LADRONA.

MELODRAMA DE GRANDE ESPECTÁCULO,

Caigniez

NUEVAMENTE ARREGLADO EN 4 ACTOS Y EN VERSO,

POR

DON PEDRO ESCAMILLA.

Estrenado el 18 de Enero de 1863 en el Teatro del Príncipe.

MADRID.

IMP. DE CRISTOBAL GONZALEZ,
San Vicente alta, número 52.

1863.

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/laurracaladronam16121caig

AL DISTINGUIDO ACTOR

DON MARIANO FERNANDEZ.

Faltaría á un deber de gratitud, no consignando en estos renglones un recuerdo de la que á Vd. debo, por el interés que se ha tomado en la ejecucion de la presente obra.

Dígnese Vd. aceptar esta dedicatoria, con la expresion de mi más sincero afecto.

El Autor.

PERSONAS.	ACTORES.
ANA.	Doña Adela Alvarez.
JULIANA.	Doña Emilia Dansant.
MIGUEL.	Don Juan García.
BAILIO.	Antonio Mendoza.
MARCIAL.	Juan Casañér.
GERVASIO.	Miguel Ibañez.
BLAS.	Mariano Fernandez.
ISAAC.	Garrigosa.
RICARDO.	Trinchant.
TESTADURA. . . .	Telesforo Garbalon.
BELTRAN.	Agustin Móstoles.
JUAN.	Ramon Guzman.

ALDEANOS DE AMBOS SEXOS, GENDARMES, ALGUACILES, GAITERO Y ACOMPAÑAMIENTO.

Marly 1750.

(1.)

La propiedad de esta obra pertenece á D. Juan Manuel Guerrero, Editor de la coleccion de obras dramáticas y líricas titulada El Coliseo, y con arreglo á la ley de propiedad literaria, nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con quienes haya ó celebren en adelante convenios de propiedad literaria.

Los comisionados de la misma Galeria son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion de todos los puntos.

El Editor se reserva el derecho de traduccion y queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Exterior de una alquería en las inmediaciones de París.—A la izquierda del actor, la entrada de la casa; á la derecha un emparrado que conduce á las habitaciones interiores de la alquería; delante de este un tonel, sobre el que está la jaula de la urraca pendiente de un árbol; grupos de árboles repartidos por la escena; una empalizada en el fondo, y á lo lejos una colina practicable.—En el centro de la escena, una mesa con mantel.

ESCENA I.

BLAS, llenando una botella del tonel; despues ANA.

BLAS. Demonio!... no tuve tiempo
tan siquiera, de beber...
Pero quién diablos me llama?
URRACA. Blas.
BLAS. (Viéndola.) Por vida de Luzbel!
Pues es esa infame urraca,
maldita de Dios amen...
ANA. Buenos dias.
BLAS. Bicho estólido!...
ANA. Qué te pasa?
BLAS. Qué ha de ser?
Esa urraca endemoniada,
enemiga de mi bien.

Figúrate que ahora estaba
trasegando de un tonel
á una botella, ese vino
que tiene ya más de cien
años, y que á mi padrino
tanto le gusta beber:
creyéndole algo picado
la boca al punto acerqué
á la espita, cuando siento
que me llaman; vuelvo á ver.
y era el maldito animal...
Parece sin duda que
es suyo el vino y no quiere
que nadie beba.

ANA. Eso es
castigar tu golosina.

BLAS. A la verdad que no sé
cómo se arregla ese bicho;
pues no cesa de correr
por el corral y el tejado,
sin que entre las manos dé
de un gato, y nos libre de ella.
Si fuera de algun valer,
mal fin hubiera tenido;
pero como es tan soez,
y tiene tan malas mañas...

ANA. Buenas las tiene tambien:
como es el llamarte cuando
te olvidas de tu deber.

BLAS. Pero hablemos de otra cosa...

ANA. No por cierto, déjame,
que hago falta en la cocina,
y tengo que disponer
mil cosas... si vuelve á darte
la tentacion otra vez,
acuérdate de la urraca,

y ahoga en agua tu sed.

(Entra en la casa.)

ESCENA II.

BLAS.

Anita... ay, si me atreviera!...
Por Dios, que con ese aquel
y ese garbo... Es mucha lástima
que de criada aquí esté,
una chica tan... demonio
de urraca! Y el vino aquel
parece que me decia:
—Eh! Blasillo, sórbeme.
Tengo gana de achisparme
con ese aloque... Está bien,
pero antes me he de vengar
del animal; yo no sé
cómo encuentra mi madrina
atractivos y placer,
en la amistad de ese bicho
condenado. Pero á fé,
que como ella es bachillera
y murmuradora... pues,
no tiene nada de extraño
que se quieran... ya se vé,
un lobo á otro no se muerden...

ESCENA III.

BLAS.—JULIANA, y algunos criados que conducen el servicio necesario para la mesa.

JULIANA. Por aquí, Santiago, Inés...
arreglad esos trebejos,

y cuidado con romper
nada; que esté la comida
corriente para las seis;
á las cinco y media llega
mi veterano Miguel,
y son ya las cinco dadas...
pero, y Blas?
(Blas se habrá acercado á la jaula de la urraca.)

BLAS. Ay!... San Andrés
me valga!...

JULIANA. Cómo!

BLAS. La urraca
que me ha picado.

JULIANA. Hizo bien;
no te metieras con ella.

BLAS. No es una razon.

JULIANA. Sí es.
Déjate de tonterias
y necedades... á ver
si arreglas pronto la mesa
bajo esos árboles... ten
cuidado con la vajilla. (Con énfasis.)

BLAS. Bueno, madrina; conque
hoy nos llega vuestro hijo
despues de servir al rey,
con su licencia absoluta?

JULIANA. Y con tres cruces.

BLAS. Sí?...

JULIANA. Tres,
y dos heridas.

BLAS. Qué gusto
vamos, madrina, á tener,
oyéndole referir
sus aventuras!...

JULIANA. Sí, á fé!

BLAS. Sus batallas...

JULIANA Vamos, basta.
BLAS. Los sablazos y los...
JULIANA. Eh!...
haz lo que te digo, y calla,
maldecido de cocer!
BLAS. (Cuando digo que la urraca
y ella... yo me entiendo... pues.)

ESCENA IV.

DICHOS.—GERVASIO, rodando un tonel.

GERVASIO. Blas, ven aquí, que no puedo
yo solo y estoy cansado.
BLAS. Allá voy.
GERVASIO. Poquito á poco.
(Le coloca á un lado.)
BLAS. Con la mitad de este vaso
iria desde aquí á Flandes.
GERVASIO. Está todo preparado
para recibir al chico?...
No nos vaya á faltar algo
á última hora, y murmuren
por ello los convidados.
JULIANA. (Con ironia.) Si tú no vienes, se queda
por hacer lo necesario.
Linda ayuda!
GERVASIO. (Acariciándola.) Julianita!
JULIANA. Déjame en paz.
GERVASIO. Pero...
JULIANA. Vamos,
no tengo gana de broma.
Despues que no he descansado
en todo el dia, corriendo
desde el granero hasta el patio,
del terrado á la bodega,

disponiendo y preparando
lo conveniente, ahora vienes...
Como si se diera un paso
en casa, sin que yo no
me moviese para darlo!

BLAS. Madrina, no sois vos sola,
que Ana y yo...

JULIANA. Buen par de cuadros!

BLAS. Caramba!...

GERVASIO. Pero es posible,
Juliana, que sin descanso
y por el menor motivo
te has de incomodar?

JULIANA. Es claro!
Si yo no tengo razon...
Si soy una...

GERVASIO. Ese vocablo
te escuso al interrumpirte.
Tienes un génio... canario!
Y apesar de tu mal génio
te haces querer, porque al cabo
y al fin tu fondo es muy bueno,
pero...

JULIANA. Pero siempre que hablo
te incomodas, aunque nunca
te contradigo. Dios santo!
Si siendo tan complaciente
no te doy gusto, aunque hago
yo sola toda la hacienda
de la casa...

BLAS. Vamos, vamos,
madrina, que Ana trabaja.

GERVASIO. Es verdad; es un dechado
de virtudes esa chica.

JULIANA. Anita! Bien, ya empezamos.
Siempre me estais repitiendo

lo mismo, siempre alabando
sus virtudes, su obediencia,
que me carga en alto grado,
porque con ella no puedo
desahogarme, como cuando
riño con este zoquete, (por Blas.)
y le aplico un par de lapos
en los mofletes.

BLAS. Que escuecen!

JULIANA. A la verdad, ya me canso
de oir cómo se prodigan
tantas alabanzas, tantos
reconcomios, para esa
gatica de Mari-ramos...
pues hasta el señor Bailío,
que si mal no he reparado
la quiere más de lo justo...
y es conveniente estorbarlo;
sería una boda absurda.

GERVASIO. Pues si acontece ese caso,
no sé yo quién de los dos
quedaría más honrado.
Ana aquí no está en concepto
de criada, ni es tan bajo
su nacimiento, que pueda
avergonzar á un cristiano.
Mi hermana desde París
la encomendó á mi cuidado:
su padre fué arrendador
como nosotros; errados
cálculos le condujeron
á la miseria, llegando
esta al extremo de hacerle
sentar plaza de soldado
cuando enviudó... me parece...

BLAS. Ya lo creo.

JULIANA. Pero hablando
sin ton ni son, pasa el tiempo
y estará cerca el muchacho.
GERVASIO. Es cierto.
JULIANA. Podemos ir
á la colina.
GERVASIO. Qué guapo
debe estar con su uniforme!
JULIANA. Y tres cruces.
BLAS. Y mostachos!
GERVASIO. A propósito, es preciso,
ya que nunca á separarnos
vamos de él, pensar en un
bonito partido.
JULIANA. Y tanto!
Solo que aquí no hay muchacha
digna de su talle y garbo.
GERVASIO. Te ciega el amor de madre.
JULIANA. Quién tiene los necesarios
requisitos en la aldea?
BLAS. La hija del Tocho.
JULIANA. Un avanto!
BLAS. La del herrador.
JULIANA. Es coja,
y además no tiene un cuarto.
BLAS. Pues entonces, quién?...
URRACA. Anita.
GERVASIO. A propósito... (Riendo.)
BLAS. (Mal rayo
en tí!)

ESCENA V.

DICHOS, ANA.

ANA. Me llaman?
GERVASIO. (El diantre

de la urraca!)

JULIANA. (A Ana.) Oye, te encargo
que cuando guardes la plata,
tengas especial cuidado
en contarla, no suceda
lo que cuando el cumpleaños
de Gervasio, que faltó
un tenedor... vaya un chasco!
no haber podido saber...

ANA. Por cierto, que tuve un rato
aquel dia!

GERVASIO. Y quién se acuerda?...

BLAS. Entre Ana y yo, no dejamos
agujero ni rincon;
pero nada; el mismo diablo
debió de cargar con él.

JULIANA. Sí, sí; como hubiese dado
con el ladron...

GERVASIO. Dále bola!
no pareció?... pues dejarlo.

JULIANA. El mismo interés te tomas
en todo.

GERVASIO. Lo que hace al caso,
es cuidar de que las cosas
no se pierdan, que en estándolo
nada aprovecha el deseo
de encontrarlas.

BLAS. Es exacto.

JULIANA. Calla tú, y vente conmigo.

BLAS. Obedezco: voy y callo.

ESCENA VI.

GERVASIO y ANA.

ANA. Pesar como el que aquel dia
sentí, no vuelvo á tener!

GERVASIO. Pues yo no logré perder
ni un momento mi alegría.
Que no es cosa tan extraña
que se pierda un tenedor,
para que exceda el dolor
á una pérdida tamaña.
En fin, dejando esto á un lado,
no me dás albricias, Ana,
ya que está la hora cercana
de abrazar á mi hijo amado?
ó no piensas ya en Miguel?

ANA. Ah, señor! Para eso fuera
preciso, que nunca hubiera
Ana vivido con él.

GERVASIO. Bravo, hija mia.

ANA. Los dos
juntos desde tierna edad
nos juramos... amistad,
en la presencia de Dios.
Jamás Miguel en mí vió
una criada... no, á fé;
afecto más alto fué
el que Ana le mereció!
Y yo agradecida y fiel
á un cariño tan constante,
no he dejado ni un instante
de rogar á Dios por él.
Siempre que el sol se ocultaba
terminando un nuevo dia,

un pensamiento en mí habia
que á vuestro hijo dedicaba.
Cuando el viento desatado
zumbaba desgarrador,
yo murmuraba: Señor,
no abandoneis al soldado.
Y cuando con la tristeza
en el rostro retratada
observaba yo, inclinada
blanquear vuestra cabeza,
decia yo con prolijo
afan, y expresion sincera:
haced que el padre no muera
sin abrazar á su hijo.

GERVASIO Y Dios tu voz escuchó
cuando rogabas por él,
puesto que vuelve Miguel,
y puesto que vivo yo.
Dios cuyas miradas miden
los pensamientos agenos,
y que oye siempre á los buenos
cuando por los buenos piden.
—Pero ese cariño fiel
y constante á todas horas,
ese afecto con que oras
por la vida de Miguel,
¿es solamente amistad,
ó acaso otro nombre alcanza?

ANA. Señor...

GERVASIO. Ten en mí confianza;
confiésame la verdad.
¿Pudieras algun temor
abrigar, siendo sincera,
de que Gervasio opusiera
obstáculos á tu amor?

ANA. Ah!...

GERVASIO. Crées que con enojos
contemplo yo en este instante
el rubor de tu semblante,
la turbacion de tus ojos?
Abrázame prontamente,
que si tambien te ama él,
el padre de tu Miguel,
en todo, en todo consiente.

ANA. Ah! señor: apenas creo
lo que acabo de escuchar...
¿Quién pudiera imaginar?...

GERVASIO. Pues yo bien claro lo veo.
Tú eres honrada, él honrado
es tambien y yo lo fio,
que es soldado, é hijo mio,
y viene condecorado.
Conque si os amais, hay cosa
más natural que consienta,
siendo feliz, por mi cuenta,
el esposo con la esposa?

ANA. Pero hay un inconveniente.

GERVASIO. Despues de mi voluntad?

ANA. Digo, una contrariedad.

GERVASIO. Eso es ya muy diferente.

ANA. Vuestra esposa...

GERVASIO. Yo respondo
de que mucho vá á rabiar...
pero harta al fin de gritar,
cederá... tiene buen fondo.
Ama á Miguel con locura,
y viendo que te ama él
por dar un gusto á Miguel
hará que os despose el cura.

ANA. Entonces...

GERVASIO. No hay más que hablar.
Hoy llega aquí el granadero,

y no tardará, lo espero,
en conducirte al altar.

ESCENA VII.

DICHOS, JULIANA y BLAS, con un canasto.

JULIANA. Vaya, aquí está el canastillo
con los cubiertos... cuidado!
GERVASIO. (Mirando á Juliana.)
(Ahora que estoy á su lado
no me parece sencillo
el proponerla...)
JULIANA. Marchemos,
ó vamos á dar lugar
á que llegue el militar
si un punto nos detenemos.
BLAS. Yo voy á la descubierta.
JULIANA. Dí á Santiago que en seguida
nos prepare la comida,
y á la chica que esté alerta.
(Salen por el fondo.)

ESCENA VIII.

ANA, (arreglando la mesa.)

Apenas puedo creer
la dicha que experimento.
Ser suya!... ser su mujer!...
Dios mio, cuando yo aliento
es que no mata el placer!
Su padre aquí me lo dijo.
Bien escuchó Dios mi ruego
calmando mi afan prolijo...

á él le devuelve su hijo,
y á mí me envia el sosiego.
Mi padre tambien será
testigo de mi contento:
me escribe que pedirá
licencia, pues ahora está
en París su regimiento.
Pobre padre!... quiera el cielo
que un instante de consuelo
disipe la amarga pena
con que la desgracia llena
tus dias de amargo duelo.

ESCENA IX.

ANA é ISAAC, con un cajon colgado al cuello, y varios objetos de su comercio en la mano.

ISAAC. Peines, sepillos, especos
é pastillas del Serrallo...
ANA. Quién es?
SAAC. Pattoletti bianchi...
Qui vuol comprar... Per un franco,
camafei della China;
per due, annelli, per cuatro
parfumes della Sultana
de Stambul...
ANA. Es excusado:
no puedo comprarle nada
como otras veces.
ISAAC. Yo fatto
rebaca nel mio comerzzio,
quand' io trovo un soberano
sembiante d' angelo, é voi
siete un rimembro dell Pasmo...

bella come bianca speme
d' il fiume...

ANA. No está aquí el amo,
y en su ausencia no me atrevo...
podeis volver y me encargo
de procuraros la venta
de alguna cosa.

ISAAC. (Saludando.) Obligato,
signorina... mi trovarme
hotel del caballo bianco,
é porto á vostro servizzio
sortijas, peines, zapatos,
y perfumes, elixires,
opiatas, cintas, rosarios,
especos pour ne far vieco
il sembiante... é molti d' altro
articolo... á rivedersi.
(Al salir tropieza con Blas, que llega precipitadamente.)

BLAS. Animal!

ISAAC. Sonno italiano.

ESCENA X.

ANA y BLAS.

BLAS. No es razon para que me hayas
deshecho un pié...

ANA. Qué ha pasado?

BLAS. Albricias! Ya está ahí Miguel.

ANA. De veras?

BLAS. A no dudarlo.
Yo iba delante de todos
lo menos quinientos pasos,
cuando al salir de la aldea
veo por entre los álamos
un militar... Es él! dije...

y me lancé como un diablo
á su encuentro. Miguelillo
despues de mirarme un rato
me conoció:—Hola! eres tú,
animal?...—Yo dije: alto...
presente!.. yo soy, el mismo.
Chica, si vieras qué guapo!—
Y Anita, dijo, no viene?—
Está en casa preparando...

ANA. Te ha preguntado por mí?

BLAS. Ya lo oyes.

ANA. (No me ha olvidado!)

BLAS. Ahora hácia aquí se dirige
en medio de los muchachos
y las mozas, que han salido
con el gaitero... canario!...
hoy es gran dia... habrá baile...
y vino... y tortas... y hornazos...
Viva el granadero!

TODOS. Viva!

BLAS. Vivan tambien muchos años
sus padres!

TODOS. Vivan!

BLAS. Qué gusto!
de alegría brinco y salto!

ESCENA XI.

DICHOS, GERVASIO, JULIANA, MIGUEL, ALDEANOS y GAITERO.

JULIANA. Ea!... á prepararlo todo...
Ya le tenemos en casa...

MIGUEL. Anita!

ANA. Señor Miguel...

GERVASIO. Qué estás diciendo, muchacha?...
tú por tú, y dale un abrazo.
BLAS. Viva el veterano!...
JULIANA. Vaya,
dejarse de tonterias
y á la mesa.
MIGUEL. (A Ana.) Por qué causa
muestras esquivez conmigo?
(Gervasio los contempla con satisfaccion.)
ANA. La ausencia...
JULIANA. (A Gervasio.) Qué miras?
GERVASIO. Nada...
(Van á hacer linda pareja.)
JULIANA. Vamos, que el tiempo se pasa
y está el cordero en la mesa
diciendo comedme... Ana,
Blas.
(Se sientan á la mesa, sirviéndoles Blas y Ana. Los Aldeanos bailan al son de la gaita.)
MIGUEL. Tengo un apetito,
cómo diré?... de campaña.
JULIANA. Verás qué tortas tan ricas
con aguardiente.
GERVASIO. No hay nada
que abra más el apetito
que un hijo á quien se le aguarda...
JULIANA. Y que viene hecho un buen mozo.
GERVASIO. Pero no adviertes, Juliana,
que estos muchachos están
(Por los aldeanos.)
deshechos?
JULIANA. Pues que se vayan
al huerto, y bailen y trinquen
aunque sea hasta mañana.
Oye, Blas, de aquel barril
que hay en ese árbol, les sacas

lo que sea necesario
para mojar la garganta
y apagar todos la sed.

ALDEANOS. Viva!
A bailar!...

BLAS. Basta, basta
de bulla... al huerto. (Salen los aldeanos.)

GERVASIO. (Dándose un golpe en la frente.) Qué diablos!
y yo que no me acordaba!

MIGUEL. Qué decís padre?

JULIANA. Qué es eso?

GERVASIO. Que el Bailío esta mañana
quedó en venir á comer.

JULIANA. Yo me lo encontré en la plaza
y dijo que hasta los postres
no lo haria.

GERVASIO. Pues ya tarda.

MIGUEL. Y qué ha ocurrido en mi ausencia
por el lugar?

BLAS. Que se casan
las chicas que tienen novio,
y que los viejos se largan...

JULIANA. Y quién te manda meterte
en camisa de once varas?

MIGUEL. Y el tio Geromo?

JULIANA. Sigue
con la gota: no descansa
el pobre un minuto.

GERVASIO. Pero
cuando sepa tu llegada,
verás cómo no le impide
para venir...

MIGUEL. Tengo gana
de dar un estrecho abrazo
al pobre viejo.

JULIANA. (Á Blas.) Esa jarra

acércame. (Se levantan.)

MIGUEL. Y me parece
regular que sin tardanza
vayamos á verle.

GERVASIO. Es cierto...

MIGUEL. Despues de cumplir tan grata
obligacion, mientras llega
el Bailío, aquí con Ana
vendré á charlar, y que siga
el bullicio y la algazara...
Que es muy grato en el hogar
despues de ya terminada
la obligacion de un empeño,
entregarse en cuerpo y alma
al descanso y la alegría
en la apacible compaña
de unos padres tan queridos...

JULIANA. Que ausente bien te lloraban!

GERVASIO. Y que te abrazan presente.

MIGUEL. (A Ana.) Pero observo que esa cara
no participa de la
comun alegría.

ANA. Vaya...
por qué no?...

GERVASIO. (Despues que el cura
los bendiga en paz y en gracia
de Dios, van á ser... pero antes...
antes que eso está Juliana...)

MIGUEL. Con que á ver al tio?...

GERVASIO. Vamos.

JULIANA. (A Ana.) Ten cuidado, no se caiga
ó pierda nada...

GERVASIO. Otra vez!

JULIANA. Y otras cincuenta... ea, en marcha.

BLAS. Para celebrar la fiesta
voy á sacar de la jaula

la urraca, porque en el huerto
revolotée á sus anchas.
No haya miedo que se pierda;
(Hace lo que indica el diálogo.)
todos los dias se escapa
á la torre de la iglesia
y siempre se vuelve á casa.
(Salen foro izquierda.)

ESCENA XII.

ANA, luego MARCIAL.

Me ahoga la satisfaccion
de ver á Miguel aquí...
Por qué palpitas así...
por qué lates, corazon?
Y él... un recuerdo guardó
en tan prolongada ausencia,
cuando al verse en mi presencia
en seguida enrojeció.
(Empieza á recoger la plata que guarda en el canastillo.)
Sí, me adora... en mi alegría
siento un recuerdo importuno.
Oh! sin duda falta alguno
que más intensa la haría.
Mi padre... mi padre, sí...
Pero no hay duda, vendrá...
en París acaso está...

MARCIAL. (Cerca, muy cerca de tí.)

ANA. Despues que estemos unidos,
cuál los dias correrán!...

MARCIAL. (Tan bellos proyectos ván
á ser por mí destruidos!)

ANA. Acaso yo desvario

con tan dulce pensamiento.

MARCIAL. (Adelantándose.) (Oh! cese ya mi tormento!)
Ana...

ANA. Quién es?... Padre mio!
(Al reconocerle tira sobre la mesa la cuchara.)
Vos aquí, cuando hace poco
hablaba?...

MARCIAL. Sí, te escuché,
Ana mia, y por mi fé
que es para volverse loco
dulces palabras oir
que forman proyectos bellos,
cuando yo vengo, con ellos
tu ventura á destruir.

ANA. Qué decís?

MARCIAL. Que por mis males
de cien muertes he salvado
la vida, cuando arriesgado
la hube en cien lides campales.
Que nunca debí tener
hija que tanto me honrase,
y hacerla que renegase
algun dia de su ser.

ANA. Esa desesperacion
que vuestras frases indican
mis cuidados multiplican.

MARCIAL. Grandes mis desdichas son!
Tanto, que no es ponderarte
mi afan, decir que es más fuerte
que la alegría de verte
y el contento de abrazarte.
Porque tan pura alegría
y tan sin igual contento
enturbia el bastardo acento
de la desventura mia.

ANA. Sepa yo vuestro dolor

y no hagais que el mio aumente.

MARCIAL. Pues bien, estás frente á frente
de un villano desertor.

ANA. Un desertor!

MARCIAL. Sentenciado
á la última pena.

ANA. Ah! no.
Callad.

MARCIAL. Quien obra cual yo,
debe morir fusilado.

ANA. Mas vos, honrado, leal...

MARCIAL. Lo quiso así mi destino;
por eso hoy tu padre vino
á ser autor de tu mal.
Mi regimiento de asiento
á París fué destinado,
y ayer quedó aposentado
en París mi regimiento.
Tan cerca estando de aquí
quise verte, y con urgencia
para unos dias, licencia
á mi capitan pedí.
Por un capricho cruel
á dármela se negó;
loco entonces de ira yo
hice armas contra él.
Huí.

ANA. Dios mio!

MARCIAL. Un amigo
soldado en mi compañía
que fué de mi demasía
en aquel lance testigo,
prestóme ayuda y dinero;
compré un disfraz y aquí estoy.
Quién sabe, Ana... tal vez hoy...

ANA. Ah! no! pensarlo no quiero.

MARCIAL. No obstante...
ANA. Pero, por qué
dísteis en tan grave azar?
MARCIAL. No sé; me pongo á pensar
en ello... mas no lo sé.
Un instante de locura
cuyas consecuencias son
la muerte...
ANA. Por compasion,
no aumenteis mi desventura!
MARCIAL. Si me sorprenden...
ANA. No, no...
esta casa puede daros
asilo: en ella quedaros
debeis... os lo pido yo...
Aquí se juzga un deber
la hospitalidad, y es fuerza...
MARCIAL. Al que conmigo la ejerza
no quiero comprometer.
Además, está la aldea
á la ciudad tan cercana,
que fuera una idea vana
el adoptar esa idea.
ANA. Pero...
MARCIAL. Forzoso es partir.
ANA. Corriente: yo iré con vos.
O que nos ayude Dios
ó que nos haga morir.
MARCIAL. Y crées que aceptaré
tan inmenso sacrificio?
ANA. Y á orillas de un precipicio
creeis que yo os dejaré?
MARCIAL. La obediencia...
ANA. En tal afan
no me hagais de ella un deber,
que tampoco vos ayer

oísteis al capitan.

MARCIAL. Y vé aquí la consecuencia
de tamaña demasía...
desengáñate, hija mia,
lo primero es la obediencia.
Tal vez el Señor no quiera
que tu ruego sea vano,
tal vez llegue salvo y sano
huyendo hasta la frontera.
Te escribiré desde allí
si consigo lo que anhelo...
de otro modo, ya hará el cielo,
Ana, que sepas de mí.
Las malas nuevas...

ANA. Dios mio!
Dios mio! qué horrible azar!...

MARCIAL. Vamos, basta de llorar.

ANA. (Mirando á la derecha foro.)
Gente llega... es el Bailío...

MARCIAL. Ocúltame...

ANA. Ya no puedo.

MARCIAL. Tengo aun que decirte...

ANA. (Señalándole una silla junto á la mesa.) Ahí
sentaos... triste de mí!
estoy temblando de miedo!
(Procura cubrir á su padre y ocultarle á los ojos del Bailío.)

ESCENA XIII.

DICHOS, el BAILÍO.

BAILÍO. (Buena ocasion: ví á Miguel
con su padre poco há
y dije: sola estará
pues que ella no vá con él.
Además que mi querella

á ella sola se dirige...!
Dije muy bien cuando dije:
sola estará la doncella...)

ANA. (Ya le ha visto!)

BAILÍO. (Reparando en Marcial.) (Pero... hola!
veo que dije muy mal
cuando aseguré formal
que Anita estaría sola.)

ANA. (Ofreciéndole un vaso con vino.)
Señor Bailío...

BAILÍO. No quiero
desairarte.

ANA. (Desconfío.)

BAILÍO. Pero, pregunta el Bailío:
quién es este forastero?

ANA. Vos lo habeis dicho.

BAILÍO. Quién?... yo!

ANA. Un infeliz caminante
que de angustia jadeante
hospitalidad pidió.
Vamos, vamos, descansad... (A su padre.)

BAILÍO. Y tú se la has otorgado?
Siento que hayas practicado
esa obra de caridad.

ANA. (A su padre.)
(Fingid sueño.) No os comprendo!

BAILÍO. Vine á hablarte sin testigos
importunos, ni mendigos
que... (Señalando á Marcial.)

ANA. Pero si está durmiendo!

BAILÍO. En efecto...

ANA. La fatiga
no le deja respirar.

BAILÍO. Entonces, fuerza es hablar,
y oye bien cuanto te diga.
Ana, una pasion tirana

en mi pecho se ha albergado.

MARCIAL. (Qué murmura ese menguado?)

BAILÍO. En fin, yo te adoro, Ana.

ANA. Advertid...

BAILÍO. Por eso, muerto
ante tus ojos estoy,
y á decir al punto voy;
Ana mia, lo que advierto.

MARCIAL. (Si mi corage no domo...)

BAILÍO. Advierto que estoy enfermo,
pues duermo mal ó no duermo,
y como poco ó no como.
Cuando rezo; pésia mí!
por calmar mi desconsuelo,
se me marcha el santo al cielo,
y es que estoy pensando en tí.
Si salgo á paseo, veo
por mil diabólicas artes
tu imágen en todas partes
que recorro en mi paseo.
Si dicto alguna sentencia
en algun lance imprevisto,
de algun labrador mal quisto
ó de alguna trascendencia,
interpreto ley y fuero
siempre soñando contigo,
que al inocente castigo
y al culpable remunero.
Y de estar tan trastornada
mi mente, aunque sin malicia,
vá conmigo la justicia
bien corrida y mal parada.
Y todo esto en mi concepto,
pues no son cuidados leves,
siendo tú la causa debes
prevenir, Ana, el efecto.

ANA. (Es oportuno el momento
para una declaracion!)
BAILÍO. Tengo ó no tengo razon
al decirte lo que siento?
ANA. Pero yo qué le de hacer?
BAILÍO. Pues mi enfermedad conoces
y pido el remedio á voces,
aplicarle es menester.
Ya que he perdido el sosiego
que en otro tiempo tenia,
dame por Dios, Ana mia,
dame...

ESCENA XIV.

DICHOS, JUAN.

JUAN. Tomad.
BAILÍO. Cómo!
JUAN. Un pliego
de parte del escribano!
Le ha traido un militar
(Movimiento de Marcial.)
hace poco de París,
y cuadrado en el humbral
de la puerta, dijo que era
urgente á no poder más. (Sale.)

ESCENA XV.

DICHOS, menos JUAN.

BAILÍO. El diablo cargue contigo!
ANA. (Cielo santo!... qué será?
BAILÍO. (Registrándose el bolsillo.)
Y no tengo los anteojos!...
Vaya un olvido fatal!

Sin ellos, aunque las letras
fuesen como de aquí á Oran,
me es imposible leer. (Procurando leer el pliego.)
Sol... da... do, sol... dado... Bah!
no puedo.

ANA. (Cómo!)

MARCIAL. (Qué dice?)

BAILÍO. Ana, me quieres prestar
un favor?... lée. (Dándola el papel.)

ANA. (Leyendo aparte.) (Dios mio!)
(En alta voz.) «Un desertor.»

BAILÍO. Voto á tal!

ANA. «Soldado del regimiento...
»regimiento de Champagne,
»condenado á muerte...»

BAILÍO. Cáscaras!

ANA. (Vírgen de la Soledad,
amparadme!)

MARCIAL. (Estoy perdido!)

BAILÍO. (Viendo que Ana llora.)
Oh! que eres sentimental!
Si por todos los perdidos
hubiese uno de llorar!
Vamos, sigue.

ANA. (Si leo esto,
se pierde... cielos!... «Marcial,
»cincuenta años, cinco piés,
»dos pulgadas...)

BAILÍO. Pero, bah!
no sabes leer?

ANA. Es tan mala
la letra?...

BAILÍO. Por San Damian!
Pues si parece de imprenta!

ANA. (Oh! qué idea!) Voy allá!
Su nombre Eduardo, diez y ocho

años...

BAILÍO. Bien temprana edad!

ANA. Seis piés y nueve pulgadas.

BAILÍO. Pues es una catedral!

ANA. Cara redonda, ojos grandes,
cabello rubio...

BAILÍO. En verdad
que es un Adonís.

ANA. Casaca
blanca; solapa y demás
vivos azules.

MARCIAL. (Me salvan
las señas!)

BAILÍO. (Volviéndose hácia Marcial.) Diablo! será
ese prógimo?... Veamos...
Diez y ocho años... están
en horrible discordancia
las señas.

ANA. (A Marcial.) Podeis marchar
antes que vuelvan los amos...
(Aparte.) (Ocultaos.)

MARCIAL. (Sale foro derecha.) Oh! qué afan!...

ESCENA XVI.

DICHOS, menos MARCIAL.

BAILIO. Con que, dime, linda niña,
ahora que solos y en paz
nos deja ese pasmarote,
no hay en tu pecho, no hay
en tu corazon siquiera
un adarme de piedad?

ANA. Basta: os molestais en vano,
porque nunca he de aceptar
un amor, que á vos y á mí

nos pondria sin solaz
ni tregua en el más completo
ridículo...

BAILÍO. (Tratando de asirla una mano.) Ana...

ANA. (Entrando en la alquería.) Apartad.

BAILÍO. Qué es esto? á mí!... á Juan Crisóstomo
Atanasio!... voto á tal!
Tendrá esa chica un amante!
Pues si llego á averiguar
lo más mínimo... un proceso...
Yo haré que mi autoridad
se respete... por Dios santo
que me tengo de vengar.
(Se retira por el fondo. En este momento baja la urraca por la derecha, y coge la cuchara de la mesa, huyendo.)

ESCENA XVII.

ANA y MARCIAL.

ANA. Ah! ya partió!... padre mio!

MARCIAL. (Saliendo por entre los árboles.)
Me has salvado.

ANA. No... callad,
estais perdido.

MARCIAL. No importa;
es necesario ganar
tiempo... No tengo ni un sueldo,
Ana mia, por lo cual,
conviene que al punto vendas,
como sea sin tardar,
el cubierto de tu madre... (Dándosele.)
Ah! infeliz!...

ANA. (Azorada.) Sí!... descuidad.

MARCIAL. Y cuando hayas realizado
la suma, la dejarás

en el tronco del primer
sáuce que á la entrada está
del pueblo.

ANA. Sí, pero huid...
escondeos... procurad
que no os vean...

MARCIAL. Hija mia,
adios.

ANA. (Deteniéndole.) Antes de marchar
dadme vuestra bendicion. (Se arrodilla.)
(Marcial pone su mano derecha sobre la cabeza de Ana, y con la izquierda se enjuga el llanto.)

MARCIAL. Ana!... adios... suerte fatal!...
(Se aleja por el fondo.)

ANA. (De rodillas.) Vírgen santa, id en su ayuda,
no le abandoneis jamás!...

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala pobre: al fondo una puerta y dos ventanas cerradas á cada lado: á la izquierda, en segundo término, una puerta que conduce á las habitaciones interiores.—Sobre una mesa, un canastillo con cubiertos y la jaula de la urraca colgada; otra mesa, con tapete verde al lado opuesto, sillas, etc.

ESCENA I.

ANA.

Oh! qué ansiedad tan horrible!
El tiempo corre veloz
y en cada momento se hace
más grave mi situacion.
Dos veces estuve ayer
en busca de Isaac, y no
pude hallarle en la posada,
siendo estéril mi afliccion,
que acaso mi padre haya
partido viendo que yo
falté á la cita... Dios mio!...
sin recursos, su valor
no le servirá de nada.

Tal vez á estas horas... oh!
es perdido si le encuentran,
perdido sin rémision.
Y todo por mí, por verme
en sus brazos!... este atroz
pensamiento me aniquila,
me desgarra el corazon...
Cuando iba á ser tan dichosa!
cuando premiado mi amor
me brindaba una existencia
cual nadie la disfrutó!...
ver deshechas como el humo
mis esperanzas... ser hoy
el juguete de la suerte...
Quién más infeliz que yo?...

ESCENA II.

ANA é ISAAC por el fondo.

ISAAC. Signorina...
ANA. Ah! Isaac!
ISAAC. Yo sonno.
ANA. Os buscaba.
ISAAC. Servitor:
volete annellos, perfumes,
joyas, esencias?...
ANA. No, no;
solo quiero...
ISAAC. Tambien porto,
mia fancullina...
ANA. Por hoy,
no puedo compraros nada;
al contrario...
ISAAC. Mi non so
que fare per agradaros.

ANA. Me vais á hacer un favor:
ved este cubierto. (Enseñándoselo.)
ISAAC. E bello.
ANA. Os gusta?
ISAAC. Molto.
ANA. Mejor;
compradle.
ISAAC. (Examinándole.) (Plata di lege...)
ANA. Cuánto me ofreceis?
ISAAC. Per voi
faró qualque sacrifizzio...
E vero, Dio de Sion!
que abondo poco in danaro,
tré poquino...
ANA. Vamos, no
perdais el tiempo.
AAC. Non pesa
dose francos... dies os doy.
ANA. Diez francos!...
ISAAC. Y pierdo en ello.
ANA. Vamos, subid algo..
ISAAC. Oh!
ANA. Ved que es plata antigua.
ISAAC. Certo;
eso le quita el valor,
que está molto desgastada...
dies francos, ni un sueldo doy
de más...
ANA. Su trabajo valé
el doble.
ISAAC. Ya se pagó
il trabaco... mi credete,
non vale piu.
ANA. Pero yo
necesito más dinero...
ISAAC. Yo non posso, per mi honor

il guiuro...

ANA. Dadme catorce
francos.

ISAAC. Dío de Jacob!...
catorce!... troppo danaro.

ANA. Recordad que cuando vos
llegais, compro alguna cosa...

ISAAC. Per tal considerasion
doy dose francos... y pierdo...

ANA. Bien, tomadle; y quiera Dios
que os valga el doble.

ISAAC. (Algo más
me donará il comprador.)
(Dándola el dinero.)
Eco il danaro... si fato
altro negozzio con voi
come questo, io lemosina
vó demandare.

ANA. (Contando el dinero.) Uno, dos...
está bien.

ISAAC. (Ah! brava compra!)
Signorina, addio... (Al salir tropieza con Blas.)

GERVASIO. Oh!...
animal!

ISAAC. Sonno italiano.

ESCENA III.

ANA y BLAS.

BLAS. Siempre tiene alguna coz
preparada ese zopenco
con igual contestacion.
Has comprado alguna cosa
al israelita?

ANA. No,

al contrario le he vendido.

BLAS. Entonces tanto peor...
de fijo te habrá robado,
porque tiene una intencion...

ANA. Necesitaba dinero
y le llamé.

BLAS. Voto á brios!
Has obrado mal, muy mal.

ANA. Por qué?

BLAS. Porque estando yo
aquí no era necesario
acudir á ese ladron
consentido.

ANA. No comprendo!

BLAS. Me explicaré, sí señor...
No te has portado conmigo
como... como manda Dios.
Yo tengo algunos ahorrillos;
gasto poco, y así voy.
reuniendo algunos francos
que me cambia el herrador
por luises... y tengo tres
relucientes como el sol,
y no pudiera emplearlos
en otra cosa mejor
que en sacarte de un apuro...

ANA. Agradezco tu expresion.

BLAS. Qué es agradecer? Tú crées
que no recibo favor
en servirte?... voto al diablo!
Te juro á fé de quien soy,
que si fuera necesario
arrojarme de un balcon
por agradarte, lo haria.

ANA. Sé que como tú no hay dos
en el pueblo, y yo tambien

te pago tanta afeccion
con la mia.

BLAS. No por cierto;
creo que entre tú y yo,
es decir, entre el afecto
mútuo, que dice el señor
Bailío, hay mucha distancia...
fálteme la luz del sol
si no es verdad lo que digo...
Yo siento una comezon
á tu lado, y un mareo
cuando escucho de tu voz
el acento... y una angustia
cuando no le escucho... Adios;
porque si estoy más aquí
desembucho (cobardon,
nunca me atrevo á decirla...)
Anita, yo... (con valor.)
Anita, (me da vergüenza.)
Anita, (toma simplon,) (Se dá un cachete.)
(no lo dices, toma otro. (Idem.)
Lengua de trapo, me voy.) (Váse foro izquierda.)

ANA. Blas, qué te ha dado! corramos
á ver á mi padre. Oh!

ESCENA IV.

ANA y MIGUEL.

MIGUEL. Te hallo al fin, Ana querida,
y al verte vuelve la vida
al alma y su dulce calma,
porque triste y abatida
estaba en su ausencia el alma.

ANA. Permitid...

MIGUEL. De otra manera

mucho más franca y sincera
recuerdo me has hablado
antes de que yo partiera,
y aun antes de ser tu amado
O acaso te causa enojos
mi acendrado y tierno amor?

ANA. Qué dices?

MIGUEL. Veo en tus ojos,
por haber llorado rojos,
huellas de oculto dolor.

ANA. (Si supiera!) No, á fé mia;
es tan grande la alegría
que experimento, y tan fuerte,
que ningun dolor la haria
cesar sino el de perderte.

MIGUEL. De veras?

ANA. Puedes dudar
de mí?

MIGUEL. No, mas del destino;
porque dicha tan sin par
no se logra sin dejar
parte de ella en el camino.
En fin, ceda mi temor
hoy ante la dulce idea
de ser dueño de tu amor,
para mí el más seductor
que existe en toda la aldea.
Dime, Ana: ausente de aquí,
ocupé tu pensamiento
con mucha frecuencia?

ANA. Y dí;
qué era yo en el campamento
y en la ciudad para tí?

MIGUEL. Una imágen amorosa
á quien el alma gozosa
culto ferviente rendía,

una idea que me hacía
la vida menos penosa.
Por tí con ardor llevaba
los azares de la guerra;
en tu nombre perdonaba
al enemigo que en tierra
mi piedad solicitaba.
Si vieras con qué alegría
toda mi jornada he hecho
ayer, pensando, Ana mia,
que en breves horas veria
lo que idolatra mi pecho!

ANA. (Y mi padre!...)

MIGUEL. Yo anhelante
caminaba con ardor,
como quien espera amante
lograr en un solo instante
hogar, familia y amor.
Y en cada sáuce poblado,
y en cada escondida peña,
veía yo alborozado
un recuerdo ya olvidado
de mi juventud risueña.
De pronto llegó á mi oido
un rumor ya conocido,
el saludo de una hermana,
en el alegre tañido
que lanzaba una campana.
Un paso más avancé;
á la colina llegué
y... no sé lo que sentí,
que una vez viéndome allí
caí de hinojos y oré.
A mis piés se descubria
el sitio que dejé un dia,
como un nido en un rosal...

el soldado á ver volvia
su pobre aldea natal...
con su campiña florida,
y su bella torre erguida,
que se elevaba altanera...
Dios mio!... qné feliz era
al ver mi aldea querida!.
Y en medio de la emocion
que agitaba al corazon,
decia pensando en tí:
se acordará ella de mí?...
será todo una ilusion?...

ANA. Y ahora?

MIGUEL. Satisfecho estoy:
con tu cariño á ser voy
el más dichoso mortal,
y al placer que siento hoy
no hallo en el mundo otro igual.

ANA. (Con impaciencia.) Miguel!...

MIGUEL. Ana...!

ANA. (Mi tardanza
es criminal... y no puedo
partir... con el dia avanza
su peligro... la esperanza
luchando está con el miedo.)

MIGUEL. Qué tienes? estás turbada!...

ANA. No... (Si llegara á saber!...)

MIGUEL. Tiembla tu mano. .

ANA. No es nada.

MIGUEL. Y te encuentro desde ayer
abatida y trastornada!

ANA. (Finjamos.) Un pensamiento
con tenacidad me acosa
y disipa mi contento...
Será tu madre gustosa
en que se haga el casamiento?

Accederá de buen grado
á que la hija de un soldado
á tí se una?

MIGUEL. Por qué no?
No es tu padre fiel, honrado...
y no fuí soldado yo?
Mi madre... tal vez pondrá
obstáculos... mas cruel
nunca fué; se aplacará,
y de fijo pasará
por lo que quiera Miguel.
Con que abandona al momento
tu enojoso pensamiento
que vanamente te aflige...
Mi padre aquí se dirige
y con su cariño cuento.

ESCENA V.

DICHOS, y GERVASIO.

GERVASIO. Tan temprano y mano á mano?
oh! madrugais con exceso.

MIGUEL. El madrugar es muy sano;
yo tal principio profeso.

GERVASIO. Sin embargo, muy rendido
te acostaste anoche.

MIGUEL. Sí,
mas como mal he dormido,
madrugo y estoy aquí.

GERVASIO. No tiene nada de extraño,
que no es perezoso amor.
Tu padre tambien antaño
era muy madrugador.
Y muy bien puede dejarse
la cama antes de la aurora,

cuando es fácil encontrarse
con otra madrugadora...
Picaruelos!

MIGUEL. Es preciso
que á mi madre hablemos hoy
de la boda.

GERVASIO. Estoy remiso,
aunque decidido estoy.
Tal proyecto no se hermana
con lo que Juliana piensa,
y tiene un génio Juliana,
que, sin hacerla una ofensa..

MIGUEL. Cederá!

GERVASIO. Eso de seguro.

ANA. No quisiera que por mí...

GERVASIO. Quieres callarte? Yo juro
que mi muger dará el sí;
pero apuesto cualquier cosa,
porque la conozco yo,
que enfadándose mi esposa
antes del sí nos dá un no.

MIGUEL. Opinais que fuera bueno
para calmar su desvío
que uno á la familia ageno,
pongo por caso, el Bailío...

ANA. No, no...

GERVASIO. Yo creo tambien,
auque es persona formal,
que lejos de salir bien
saldria el Bailío mal.
Porque siempre usa un lenguaje
reservado como el diablo,
y Juliana, del mensage
no entendería un vocablo.
Y se iba á armar tal arana,
y tan diabólico lío

entre el Bailío y Juliana
y Juliana y el Bailío,
que pudiera suceder,
sin que pretenda creerlo,
que no fuera tu mujer
la que hoy quiere y debe serlo.

MIGUEL. Entonces, mejor quizá...

GERVASIO. Yo lo arreglaré de modo
que mi mujer cederá
con su carácter y todo.

(Ana que habrá estado con impaciencia, echa á correr de repente.)

ANA. (No resisto más.)

MIGUEL. (Queriendo detenerla.) Espera...

GERVASIO. Anita!... Qué la ha pasado?

ESCENA VI.

DICHOS, JULIANA deteniendo á Ana.

JULIANA. Dónde ibas de esa manera?
(A Miguel.) Hola! ya te has levantado?

GERVASIO. (A Ana.) Qué repente? ..

JULIANA. (Mirando á la mesa.) Cómo! veo
que está por enmedio todo
y te ibas ya de bureo?

ANA. (No puedo de ningun modo
salir!)

JULIANA. Me gusta la calma!...
y luego dirán que yo...
Es que se os pasea el alma
por el cuerpo!

GERVASIO. (Terciando en la disputa.) Se acabó.

JULIANA. Vamos, qué haces ahí parada?

ANA. (Luego saldré.)

GERVASIO. (A Miguel.) No es prudente

ahora que está incomodada
decirla así de repente...)
(Hablan los dos aparte.)

JULIANA. (A Gervasio.) Qué hablas en secreto?

GERVASIO. Nada...
Que me ayude le suplico,
para dejar encerrada
la harina... conque ven, chico.
(Le hace una seña de inteligencia, y ambos salen despidiéndose Miguel de Ana.)

ESCENA VII.

ANA y JULIANA.

JULIANA. Qué hablaría con Miguel?

ANA. No entendí.

JULIANA. Algun desatino
maquinando está con él,
y aun creo que lo adivino.
(El chico con la muchacha
parece... pues no consiento.)
Ea, qué haces ahí? despacha
y recoge eso al momento.
Vamos, yo te ayudaré.
(Limpiando y guardando los cubiertos.)
Ayer, á fé de Juliana,
se me figura que eché
la casa por la ventana.
Oh! no se pueden quejar
los que al convite asistieron,
que entre comer y bailar...
perfectamente lo hicieron.
El hijo de Saturnino,
que hierra á frio y á fuego,
debió herrar anoche á vino

segun salió de aquí luego.
Iba lo mismo que un bronce,
sudando de aquella cara...
Pero... qué es esto?... diez, once...
justo! falta una cuchara.
Válgame la Magdalena!...

ANA. Contadlas.

JULIANA. Sin duda alguna
hay once... hasta una docena...
nada, nada, falta una.

ANA. (Buscándola.) Caida estará quizás.

JULIANA. O no, que no es la primera...
(Llamando.) Antonio, Gervasio, Blas...

ANA. Qué lance!... desgracia fuera!...

ESCENA VIII.

DICHAS, GERVASIO y BLAS, y dos criados.

GERVASIO. Qué gritos!

JULIANA. Venid corriendo.

BLAS. Pero qué es eso?

GERVASIO. Qué pasa?

JULIANA. Que se ha extraviado...

GERVASIO. El juicio?

JULIANA. No, por cierto; una cuchara.

GERVASIO. Adios!... búscala, mujer.

JULIANA. Pues qué hago mas que buscarla?

BLAS. Se habrá caido sin duda
al traerlas á esta sala...
(Empiezan á registrar la escena, y salen Blas y los mozos.)

JULIANA. Parece que nos persigue
hace tiempo la desgracia.
El dia de tu cumpleaños
un tenedor... y de plata...
hoy la cuchara... dos pérdidas

en quince dias!... oh!...

GERVASIO. Vaya,
no te apures.

JULIANA. Eso sí,
nunca pierdes esa calma.

GERVASIO. Juliana, no te sofoques;
ya parecerá, Juliana.

JULIANA. Como el otro!

ANA. Aquí no está.

JULIANA. Ya lo oyes...

GERVASIO. Y no hay en casa
más piezas que esta?

JULIANA. (Incomodada.) Es verdad,
hay... el pozo... me estomagan
estos calmosos... Jesús!

BLAS. (Entrando.) Ni viva ni muerta se halla,
y eso que hasta la he buscado
bajo las árboles... nada...
Testadura fué testigo
de mi diligencia: entraba
en el zaguan, cuando al ver
la sombra de su afilada
nariz delante de mí,
levántome sin tardanza,
pero estaba tan encima,
que debajo de la barba
le dí con la coronilla.
—Señor Testadura...—Calla,
animal, me contestó
con la mano en la quijada;
yo podré ser Testadura,
mas tú no eres testa blanda.

GERVASIO. Cuando menos se la busque...

JULIANA. Y era la que más pesaba!...
cuarenta francos lo menos.

GERVASIO. Rebaja veinte.

JULIANA. Rebaja...
Pues esto es ya muy chocante;
aquí hay alguno que trata
de robarnos, y nos roba...
ANA. Qué decís?
GERVASIO. Por Dios, Juliana.
JULIANA. Y si doy con el ladron!...
BLAS. El ladron!
JULIANA. Es la palabra.
BLAS. Madrina, es bastante dura
cuando hay gentes en la casa
que tienen su alma en su almario.
JULIANA. Si en el mio las guardára
yo, no se hubiera perdido.
GERVASIO. Repórtate; no se trata
de lanzar acusaciones
contra gentes de confianza.
ANA. Me parece que yo nunca
dí ningun motivo para...
JULIANA. Sí, sí; todos sois muy buenos,
mas no parece la capa.

ESCENA IX.

DICHOS, y el BAILÍO.

BAILIO. Dios guarde á la gente honrada.
JULIANA. En ocasion oportuna
llegais.
BAILÍO. Qué sucede?
JULIANA. Una
desgracia...
BAILÍO. Cómo?
GERVASIO. No es nada.
JULIANA. Oh! sí tal; se ha extraviado
una cuchara.

GERVASIO. Es muy cierto,
pero advierto que...
JULIANA. Y yo advierto
que llueve sobre mojado,
pues no hace un mes todavía
que se perdió un tenedor...
y es muy chocante, señor.
BAILÍO. Chocante y grave á fé mia.
En la desaparicion
de ese cubierto, preveo
un negro crímen y un reo,
una cuerda, y un ladron.
Yo descubriré el arcano
con el autor del delito,
para lo cual necesito
que venga aquí el escribano.
JULIANA. Sí.
GERVASIO. Pero es una locura!
BAILÍO. El escribano es la clave
de todo negocio grave...
Conque avisa á Testadura. (A Blas.)
BLAS. (Semejante atrocidad!)
GERVASIO. Digo que no es necesario.
JULIANA. Y yo digo lo contrario.
BAILÍO. Se apela á mi autoridad,
y, con un fin muy laudable
he de abrumar con mi fallo
á ese culpable, y si le hallo
tengo de ahorcar al culpable.
El código sin atrancos
dice claro y con razon,
Pena de muerte al ladron
en pasando de diez francos:
Así, pues, avisa al punto
al escribano.
BLAS. Obedezco.

ANA. (Dios mio! yo me extremezco!)
GERVASIO. (Mal giro toma el asunto.)
BAILÍO. (Dirigiéndose á Ana que habrá procurado ocultarse.)
Hola, buena pieza! A fé
que aun cuando no tenga anteojos,
no he de leer por tus ojos
otro oficio.
ANA. Pues por qué?
BAILÍO. Bien pronto advertí el engaño
y no se me ha de escapar.
GERVASIO. (Que habrá estado hablando con Juliana.)
Esto es para remediar
un daño, causar un daño!

ESCENA X.

DICHOS, TESTADURA y BLAS.

TESTADURA. Aquí estoy apercibido
para cualquier diligencia,
y por si no hay avenencia
y se adopta algun partido
extremo, con dos corchetes
espera en la puerta Juan.
BLAS. (Qué tentaciones me dan
de arreglar esto á cachetes!)
(El bailío se sienta á la mesa poniendo á su derecha á Testadura: éste saca papel y tintero y figura escribir el encabezamiento.)
BAILÍO. Sacad papel y tintero
y empiece el juicio; escribid.
GERVASIO. Pero, señor, advertid
que eso es contra ley y fuero.
JULIANA. Déjale, ya que responde
de dar con el vil ladron.
GERVASIO. Si es que antes él no dá con

nosotros sabe Dios dónde.
Vale la pena un cubierto
para que con esa urgencia!...
Si se ha perdido, paciencia;
peor seria estar muerto.

BAILÍO. «En la villa de Marly (Leyendo.)
»hoy lunes por la mañana,
»hizo presente Juliana
»compareciendo ante mí,
»con voz expedita y clara,
»que ha diez dias, salvo error,
»fué robado un tenedor,
»y hoy lo ha sido una cuchara...

JULIANA. (Interrumpiendo.)
No, no; estais equivocado
cuando así trocais los frenos...
digo que le echo de menos,
no que me le hayan robado.
No quiero hacer una injuria
á nadie.

LESTADURA. Teneis razon,
señora, pero estas son
fórmulas que usa la curia.

BAILÍO. La alhaja, cosa es probada,
no la habeis podido hallar;
luego se puede afirmar
sin mentir que fué robada.
Quién tiene la obligacion
de limpiar la plata?

JULIANA. Ana.

BAILÍO. (Dictando al escribano.)
«Y sintiendo la Juliana
»una fuerte prevencion
»contra ella...»

ANA. (Llorando.) ¡Virgen María!

GERVASIO. Eso no es cierto, señor.

ANA. ¡Sospechan de mí!... ¡qué horror!

BLAS. ¡No escribais tal villanía!

(Al sacar Ana el pañuelo del bolsillo se la cae el dinero que la dió Isaac: el Bailío lo recoge.)

BAILÍO. Hola!... ¿Dinero?

ANA. (¡Maldito
azar!)

BAILÍO. Ya es cosa segura...
(Dándosele al escribano.)
Guardad, señor ¡Testadura,
ese... cuerpo del delito.

ANA. ¡Es mio!... yo le he ganado
noblemente...

BAILÍO. ¡Desatino!

ANA. Y sabed que le destino
á un objeto muy sagrado.

BLAS. Tiene razon... es decir,
no sé en qué lo gastará;
pero es muy suyo... poco há
se le he visto yo adquirir.

GERVASIO. ¿Qué dice?

BLAS. A Isaac el judío
delante de mí vendió...

BAILÍO. Basta y sobra. (Dictando.) «Declaró
»el testigo Blas Berrío
»que á un mercader ambulante
»vendió la chica el cubierto.»

BLAS. Señor mio, eso no es cierto.

JULIANA. Ya lo oís.

BAILÍO. Pero es bastante
que lo rece así el papel.
(Presentando la pluma á Blas.)
Firma.

BLAS. Primero la mano
me han de cortar.

BAILÍO. Escribano,

firmad al punto por él.

GERVASIO. Pero es una iniquidad,
señor Bailío, y dá ira
que afirmeis una mentira
para saber la verdad.
Ella nunca, á lo que entiendo,
ha dado motivo...

JULIANA. No.

GERVASIO. Yo no la acuso.

JULIANA. Ni yo.

BLAS. Pues yo hago más, la defiendo.
No tengo ninguna ciencia,
soy un zote, un ignorante,
pero leo en su semblante
la calma de la conciencia.
Y el que no obra como bueno,
por más que aparente calma,
ni tiene tranquila el alma
ni su semblante sereno.

BAILÍO. ¿Y ese incesante llorar?
¿Ese rostro tan contrito,
qué indican más que el delito
que acaba de perpetrar?

BLAS. Indican... el gran dolor
que siente la desdichada
al ver que naciendo honrada
atentais contra su honor:
indican... que está luchando
con una angustia creciente;
indican que es inocente
y que estais disparatando.
En fin, si el señor Bailío
quiere apurar el asunto,
yo mismo le traeré al punto
ese mercader judío...

JULIANA. Creo que el pobre muchacho

tiene razon.

BLAS. (Saliendo.) Vuelvo pronto.

BAILÍO. Diría, á no ser un tonto,
que ese chico está borracho.

TESTADURA. El delito está patente
aun hasta la saciedad,
y es una barbaridad
decir que Ana es inocente.
Que falta el cubierto, es cierto;
que ella dinero ha sacado,
tambien; luego está probado
que le adquirió del cubierto.

ESCENA XI.

DICHOS, MIGUEL.

MIGUEL. ¿Es verdad lo que he sabido?

ANA. Ah! Miguel, qué desventura!

MIGUEL. A dudar se han atrevido
de una infeliz criatura
que jamás ha delinquido?

BAILÍO. Las apariencias...

MIGUEL. Callad,
pues nunca la autoridad
debe dictar sus sentencias
juzgando por apariencias
hasta saber la verdad.
Cómo han podido creer
que con tan villana accion
se manchase la mujer
cuya virtud supo hacer
palpitar mi corazon!

BAILÍO. Ser muy culpable pudiera
aunque la amáseis.

MIGUEL. No hay tal.

que si ella honrada no fuera,
mi corazon que es leal
al punto me lo advirtiera.

ANA. Basta, Miguel; acusada
de una falta cometida
por otro, estoy condenada;
pero quedo consolada
al ser por tí defendida.
Todos cargos injuriosos
me han dirigido inclementes;
los unos indiferentes
y los otros maliciosos.
En un papel escribieron
mi deshonra, sí, Miguel;
y hubo ojos que consintieron
leer en ese papel
lo que nunca presumieron.
(Adelantándose con firmeza.)
¡Nunca! Si aquí hay quien se atreva
á creer en lo que lleva
consignado ese villano
documento, haga la prueba
puesta en el pecho la mano.

JULIANA. Es verdad.

GERVASIO. Hemos oido
cómo aquí la han ultrajado
y no la hemos defendido...

JULIANA. Imposible! Ella no ha sido
la que el cubierto ha robado.
(Haciendo pedazos la acusacion.)
Roto este infame papel
se termina la querella;
tu esposa será, Miguel,
ya que he podido cruel,
haber sospechado de ella.

ANA. Oh! gracias!

GERVASIO. Bravo, mujer!
BAILÍO. La parte puede absolver,
mas, sin que arguya malicia,
tiene aun que resolver
este asunto la justicia.
JULIANA. No, no.

ESCENA XII.

DICHOS, BLAS, ISAAC.

BLAS. Ya está aquí el judío.
GERVASIO. No es necesario.
BAILÍO. Sí tal.
O parece el criminal
ó pierde el pueblo un bailío.
Acercaos.
ISAAC. (La Madonna
me valga!)
MIGUEL. Pero si ya
es inútil...
BAILÍO. Se verá.
ISAAC. (Temblando.) (Que sta reunion no es bonna.
BAILÍO. ¿Vuestro nombre?
ISAAC. Isaac.
BAILÍO. Corriente.
Habeis estado hoy aquí?
ISAAC. Questa matina.
ANA. (Ay de mí!)
GERVASIO. (Observando á Ana.)
Se turba visiblemente!)
ISAAC. La signora mi chiamó
para venderme un cubierto.
GERVASIO. }
MIGUEL. } Cielos!
JULIANA. }
BAILÍO. ¿Cuánto dísteis?

ISAAC. Certo,
dose francos me costó.
BAILÍO. Lo veis?
MIGUEL. Ana!
BAILÍO. Es cosa clara,
que para venderle entero,
teniendo ya el compañero
os hurtó ayer la cuchara.
¿Y es ella la que decia
que con la mano en el pecho?...
(A Miguel.) Vamos, estais satisfecho
de que esa mujer mentia?
Fué algun juicio inoportuno
el que hizo mi autoridad?
Vedla.
BLAS. Pero á la verdad,
no hay más cubiertos que uno?
MIGUEL. Sí, sí... (A Isaac.) Le llevais con vos?
ISAAC. ¡Oh signor, io le he vendutto.
BLAS. (Este judío es más bruto...
no tiene perdon de Diós.)
BAILÍO. No estais convencido aún?
MIGUEL. Tenia alguna señal?
ISAAC. Non ricordo.
BLAS. (Qué animal!)
Hombre, algun adorno, algun...
MIGUEL. Alguna letra...
ANA. (Ah, Señor,
soy perdida. La inicial
de mi apellido es igual
al de Gervasio... qué horror!)
MIGUEL. Madre, sacad al momento
uno del armario.
JULIANA. Sí. (Sale.)
ANA. (Quiere salvarme, ay de mí!
y apresura mi tormento!)

BAILÍO. (A Testadura.) Haced que inmediatamente
esos gendarmes que están
esperando, entren con Juan:
es necesaria esa gente.

MIGUEL. Valor, Ana; yo no te hallo
culpable.

ANA. En vano resisto...

BAILÍO. Tal dijo San Pedro á Cristo
antes que cantara el gallo.
(Oh! sus esfuerzos son vanos,
que aunque inocente quizá,
ese crímen me la dá
atada de piés y manos.)

ESCENA XIII.

DICHOS, JULIANA, JUAN, y GENDARMES.

JULIANA. Aquí está el cubierto.

MIGUEL. A ver?...
(Enseñándole con ansiedad al judío.)
Es?...

ISAAC. Enteramente igual.

MIGUEL.
JULIANA. } Cielos!
GERVASIO.

ISAAC. La misma inicial.

BAILÍO. Queda ya más que saber?

MIGUEL. Ana!

GERVASIO. Desgraciada!

ANA. (Suplicante.) No.
No sospecheis de ese modo.

BAILÍO. Y qué descargo ante todo
puedes dar?

ANA. Si hablase yo,
probaro hasta la evidencia

que no soy culpable.

MIGUEL. Y bien...

ANA. Pero al salvarme tambien
dictaria la sentencia
de un hombre, de un desgraciado,
á quien debo el sacrificio
de mi honor.

ISAAC. (Questo giudizzio
va á lasciarme mal librado!)

JULIANA. Mas... no puedes declarar?...

ANA. Imposible!

BAILÍO. No advertís
que todo cuanto la oís
es farsa, para escapar
de la justicia?

ANA. Cruel
suposicion!

BAILÍO. Basta ya;
el calabozo la hará
confesar.

ANA. (Corriendo hácia Miguel.)
Por Dios, Miguel!
sálvame!

BAILÍO. Aunque lo intentara,
yo mismo se lo impidiera.

BLAS. Si el señor Bailío hiciera
un favor, se le pagara.

BAILÍO. Qué dices?

BLAS. Pues la justicia
necesita quien responda
en una cuestion tan honda
que arguye tanta malicia,
yo no tengo inconveniente
en ir en su lugar preso,
hasta que arroje el proceso
una prueba concluyente.

BAILÍO. Eso no tiene sentido
comun.

ANA. Gracias! ay de mí!
Tú eres el único aquí
que inocente me ha creido.

BAILÍO. (A los gendarmes.)
En fin, es fuerza cumplir
con la ley... ya la prision
espera.
(Los gendarmes se apoderan de Ana y de Isaac.)

ISAAC. ¡Dio de Sion!
que é falto io?

TESTADURA. Teneis que ir
á declarar.

BLAS. Voto á cien!...

GERVASIO. Esperad, señor Bailío...
Yo perdono su extravío...

JULIANA. Yo la perdono tambien.

BAILÍO. Imposible! Aunque los dos
lo hiciérais, eso no explica...
(Hace seña á los gendarmes y sale con ellos y Ana.)

ANA. Pedid por mí!

BLAS. (Llorando.) Pobre chica!

MIGUEL. Dónde está el poder de Dios?
(Cae en brazos de Juliana y Gervasio.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala gótica.—Puerta de hierro al foro, otra á la derecha con rejilla, y á la izquierda primer término puerta con cerrojos, que es la prision de Ana.

ESCENA I.

ANA y BELTRAN.

BELTRAN. Vamos, no hay que abandonarse
de esa manera.

ANA. Dios santo!
Cómo quereis que soporte
sin quejarme los trabajos
que me abruman?

BELTRAN. Es muy cierto...
y aun yo, que llevo diez años
de guardar gente aquí dentro,
debiendo estar ya curado
de sustos, siento por vos...
Ya veis, á perder mi cargo
me expongo por consentiros
salir á esta sala... el diablo
se ha mezclado en todo esto.

ANA. No quisiera ocasionaros
algun disgusto.

BELTRAN. Caramba!
yo no lo he dicho por tanto!
sino que me duele veros
en el calabozo, y... vamos,
aunque traspaso los límites
de mi obligacion, y os trato
con mucha benevolencia,
prometo que en este cuarto
seguireis... (aunque no arriesgo
gran cosa, pues para el caso,
lo mismo es que el calabozo
respecto á cerrojos.)

ANA. Cuánto
os agradezco el favor!

BELTRAN. No durará muchos años,
porque la causa camina
á pasos agigantados,
y temo que el mejor 'dia...
pero os estoy asustando.

ANA. (Con curiosidad.)
Qué temeis?

BELTRAN. Nada: (qué lástima!)
Decid, quién os ha tentado
para cometer un crímen
tan feo? De vuestros amos
burlar así la confianza!

ANA. Tambien vos creeis!... no extraño
que me juzgueis de ese modo
cuando otros me han condenado!
Las apariencias engañan;
soy inocente.

BELTRAN. (Canario!
que todos digan lo mismo,
y quieran ser unos santos!

La verdad es que ese rostro
no tiene nada de malo;
pero hay semblantes... en fin,
qué hacer?... si se ofrece algo
avisadme y hasta luego.
No se puede ser humano
y carcelero; tan fijo
como dos y dos son cuatro.
(Sale por el fondo.)

ESCENA II.

ANA.

Hay más desdichas, Señor?
Hay más duelos que apurar?
Tiene otra fase el dolor
que atesore más rigor
para sufrirla y llorar?
Pero deliro, insensata...
pensando en mí echo en olvido
que mi padre... suerte ingrata!
si es que el dolor no le mata,
me espera y está perdido.
Y no poder yo acudir!...
Luchar con tanto dolor
y estérilmente sufrir,
viendo la infamia venir
para llevarse mi honor!
Quién avisarle podria
de mi triste situacion!
Santa Vírgen! Madre mia!
iluminad mi razon,
ó que acabe mi agonía.
No hay en el mundo quizás
quien se conduela de mí...

quien me favorezca... Ah! sí;
(Asaltada de una idea.)
ayer me defendió Blas.
Es el único en la aldea
que no cree en mi delito...
(Llamando.)
Beltran!... Verle necesito...
Dios me ha enviado esta idea.

ESCENA III.

ANA y BELTRAN.

BELTRAN. Qué se os ofrece?
ANA. Un favor
vais á hacerme.
BELTRAN. Desde luego,
es decir, si no se opone
á la consigna que tengo.
ANA. Creo que no.
BELTRAN. En fin, sepamos...
ANA. Quisiera hablar un momento
con Blas... el ahijado de
Gervasio... de vos espero
conseguirlo.
BELTRAN. El caso es grave...
y aunque no abrigo recelo
de que con él maquineis
algo malo... ni por pienso...
pero he recibido órdenes
terminantes; sin expreso
mandato del tribunal
nadie puede entrar á veros.
ANA. Dios mio! Por qué me tratan
tan cruelmente?
BELTRAN. Es muy cierto.
(Llaman.)
Pero han llamado, esperad.

(Se acerca á la puerta de la derecha.)
Quién?

MIGUEL. (Dentro.) Abrid.

ANA. Esa voz!... cielos!
es Miguel...

BELTRAN. Qué se os ofrece?

MIGUEL. Entrar.

BELTRAN. Hay impedimento
que no se puede vencer
sin una órden.

MIGUEL. La tengo
del señor Bailío para
toda mi familia.

BELTRAN. Bueno;
enseñádmela y entrad.
(Viendo la órden que le habrá dado Miguel por la rejilla.)
Está en regla, y yo me alegro
de que la hagais compañía.

ESCENA IV.

DICHOS, y MIGUEL.

MIGUEL. (Abrazándola.)
Ana!

ANA. Miguel!...

BELTRAN. Os advierto
que la presa no debia
ocupar este aposento,
mas por mi condescendencia
se lo permito, exponiendo
mi cargo, si me descubren;
así, pues, voy en acecho
á ponerme, no haga el diablo
que nos sorprendan:

MIGUEL. Entiendo.

(Dándole una moneda.)
Tomad, buen hombre, y dejadnos.

BELTRAN. Cinco francos!... tomo y dejo. (Se retira.)

ESCENA V.

ANA y MIGUEL.

ANA. Oh! gracias, Miguel, que así
has venido á consolar
mi dolor, y á mitigar
la angustia que siento aquí.
(Poniendo la mano sobre el pecho.)
Tu ausencia era harto cruel,
pues al verme abandonada
por tí, era más desgraciada,
mucho más que ahora, Miguel.

MIGUEL. Y eso de mi fé, Ana mia,
has podido figurarte?
Pudiera yo abandonarte
en situacion tan impía?
Tan poco vale mi amor,
ó es tan grande mi egoismo?

ANA. (Con ademan sombrío.)
Hay entre ambos un abismo
que le llena el deshonor.
Por nuestro propio interés
apártate de una aleve:
un hombre honrado no debe
hablar con quien no lo es.

MIGUEL. Ah! cese tu lábio airado
de expresarse en tal sentido ..

ANA. Yo de tu casa he salido
porque me habeis acusado.

MIGUEL. No, con tu silencio extraño
tú la prueba confirmaste...

díme, Ana, por qué no hablaste
remediando tanto daño?

ANA. Yo hubiera hablado al Bailío
salvando mi honor completo,
pero mediaba un secreto...
secreto que no era mio.
Yo hubiera justificado
la sinrazon de mi suerte,
pero sentenciaba á muerte
entonces á un desgraciado.
Era preciso escoger
entre su vida y mi honor,
y yo no tuve valor
para hacérsela perder.
Con mi silencio oportuno
que de un crímen daba indicio,
hacía un gran sacrificio
que no comprendió ninguno.
Además, yo sola sé
que aunque de ese hombre en agravio
movido hubiera mi lábio,
no me hubieran dado fé!
Mas pudo creerse en mí
accion tan ruin y villana? (Llora.)

MIGUEL. No, yo te lo juro, Ana...
ya no sospechan de tí.
Mis padres en tal instante
sorprendidos, te dejaron;
mas cuando en ello pensaron,
tornó su fé vacilante
y... es necesario; pardiez!
que se arregle esta cuestion
sin ninguna dilacion,
pues ya habrá llegado el juez,
y ejerciendo una influencia
sobre él ese miserable

Bailío, fuera muy dable
que dictáran tu sentencia.
El Bailío... ira de Dios!...
comprendo su infame trama:
sé que me aborrece y te ama
y que nos pierde á los dos.
Sé que él está persuadido
de que tú eres inocente;
que abusa cobardemente
de la red que te ha tendido...
Mi madre á su casa fué
para hablarle... acaso ceda;
imposible es que no pueda
lograr tu perdon!

ANA. No, á fé!
Mi acusador principal
irá á destruir la prueba?
Ese hombre contra mí lleva
una idea criminal
mucho mayor que el delito
de que me acusa... no hay más
que sufrir.

MIGUEL. Pero si estás
perdida!

ANA. Con su infinito
saber, puede Dios hacer
que aparezca mi inocencia.

MIGUEL. Si se cumple la sentencia,
de qué sirve ese poder?

ANA. Blasfemas!

MIGUEL. Solo recuerdo
en este instante, Ana mia,
que vá á morir mi alegría,
que te adoro y que te pierdo.
No sé si ofendo al Señor
expresándome ahora así;

pero Él, que me puso aquí
(Con la mano en el pecho.)
tan gran tesoro de amor;
Él, que contempla mi lloro
inmenso, voraz, ardiente,
por qué tal crímen consiente
de su justicia en desdoro?

ANA. Oh! gracias... de tu afliccion
el desgarrador acento
mitiga el dolor violento
de mi pobre corazon.
Veo á lo menos en él
que no me crées culpable;
que no soy tan miserable
ante tus ojos, Miguel.
Quién sabe?... yo estoy tranquila,
Dios á veces nos tortura,
y es que probarnos procura
cuando nuestra fé vacila.
La conciencia nos sentencia
cuando el alma ha delinquido;
yo no siento su latido...
tranquila está mi conciencia.

MIGUEL. Pero si te pierdo... ay, Dios!...
de qué sirve ese heroismo?

ESCENA VI.

DICHOS, BELTRAN.

BELTRAN. Ocultaos ahora mismo,
que se acercan... voto á briós!
Gente llega y no es prudente
que siendo el señor Bailío
os vea...

ANA. Adios, Miguel mio!
BELTRAN. (Empujándola hácia la prision.)
Vamos, que viene esa jente...

ESCENA VII.

MIGUEL, JULIANA, GERVASIO y BELTRAN.

JULIANA. Y Ana?
MIGUEL. La he visto.
GERVASIO. Infeliz!
JULIANA. Pero dónde está?
MIGUEL. (Señalando á la izquierda.) Encerrada.
JULIANA. Lo mismo que un criminal
en un calabozo!
BELTRAN. Vaya!...
como lo que es.
GERVASIO. Pobrecilla!
MIGUEL. Vísteis al Bailío?
JULIANA. Estaba
en el tribunal.
MIGUEL. Infame!
JULIANA. Pero vendrá sin tardanza.
BELTRAN. (Yo no comprendo á esta gente!
Acusan á la muchacha,
y luego piden por ella,
y hablan mal del que en la causa
entiende...)
MIGUEL. Es indispensable,
es necesario salvarla.
GERVASIO. El señor Bailío está
inflexible.
JULIANA. No se trata
de una persona cualquiera.
GERVASIO. Cuando pienso que de casa
salió ayer entre gendarmes!...

JULIANA. Y nosotros con tal calma
presenciándolo... Dios mio!
Parece mentira!... nada,
es necesario que ese hombre
la absuelva.

GERVASIO. Si no... caramba!

MIGUEL. Si no... vive Dios del cielo!
que he sido soldado y...

JULIANA. Calla...
pues no nos faltaba más!
Yo le hablaré!

BELTRAN. (Buena danza
ván á mover segun creo!...)

JULIANA. Él oirá mis palabras,
y si es preciso dinero...

GERVASIO. Toda mi hacienda no basta
para redimir su vida.

BELTRAN. (Desde la puerta.)
Ya está aquí el Bailío.

GERVASIO. (A Miguel.) Calma,
Miguel.

JULIANA. No, vete, será
mejor.

MIGUEL. Sí, si me quedára
y le viese decidido
á perderla, ni su vana
autoridad de mis manos
le salvaría...

BAILÍO. (En la puerta del foro.) Ah! insensata
temeridad... tú has dictado
su sentencia. (Miguel al salir le mira con desprecio.)
(A Beltran.) Cierra y marcha.

ESCENA VIII.

GERVASIO, JULIANA y BAILÍO.

GERVASIO. Señor Bailío...
JULIANA. (A Gervasio.) Silencio,
yo hablaré!
GERVASIO. Tente, Juliana.
(Si la dejo vá á armar una
con ese genio...)
BAILÍO. (Se trata
de sorprenderme... veamos.)
GERVASIO. Señor Bailío, la causa
de estar en este aposento,
no debe seros extraña.
Sé muy bien que la justicia
tiene que seguir la marcha
de su accion... todo lo sé...
mas siento dentro del alma
una voz, de cuyo acento
no puedo dudar, me habla
en su favor, y me grita
que es inocente, que Ana
está libre del delito
que hoy su pura frente mancha...
En fin, yo que soy la parte
en la cuestion, agraviada,
la perdono; haced lo mismo...
vos, sí, vos podeis salvarla,
y la salvareis.
JULIANA. Quién duda?...
BAILÍO. No puede ser.
GERVASIO. Aunque haya
necesidad de vender
mi pobre hacienda, mi granja,

el molino de la hermita...
todo de muy buena gana
lo cedo, con tal que libre
la vea.

BAILÍO. Siento en el alma,
aun más de lo que creeis,
tener parte en la desgracia
de esa infeliz; pero soy
Bailío en esta comarca,
y no ha de torcerse nunca
entre mis manos la vara
de la justicia.

JULIANA. Señor...

BAILÍO. La prueba es bastante clara.

JULIANA. No, no; su rostro no miente,
y en él está retratada
la inocencia.

BAILÍO. No es el rostro
siempre el espejo del alma.

GERVASIO. Pero aunque fuera culpable,
la perdonamos y... basta.

BAILÍO. No, por cierto; ya es cuestion
mas árdua, mucho más árdua...
hay que vengar la vindicta
pública... la ley lo manda...

JULIANA. La ley!...

BAILÍO. Sí.

JULIANA. La ley dirá
lo que le diere la gana,
pero Anita es inocente.

BAILÍO. No lo arroja así la causa.

GERVASIO. Señor Bailío, comprendo
vuestras razones.

JULIANA. Caramba!
Entonces tienes tan mal
corazon como él.

GERVASIO. Juliana!
En fin, con vuestra influencia
podeis...
BAILIÓ. Yo no puedo nada.
JULIANA. Señor...
BAILÍO. Vuestro ruego es
inútil... (Ya me empalagan!)
JULIANA. (Arrodillándose.)
Ah! ved que os lo pide el llanto
que derramo á vuestra planta.
BAILÍO. (Con dureza.) Que no, he dicho.
GERVASIO. (Haciendo levantar á Juliana.) Basta ya
de humillaciones, y basta
de suplicar á quien tiene
de pedernal las entrañas.
No procedeis como honrado...
Condenais á esa muchacha,
porque una pasion impura
el corazon os abrasa,
no por el supuesto crímen...
Hombres como vos infaman
la autoridad que en la tierra
representan... y á sus plantas
no debe estar la honradez
con la cerviz humillada...
Sois un vil; el cielo os pida
cuenta de accion tan bastarda.
(Salen por la derecha mirando altivamente al Bailío.)

ESCENA IX.

El BAILÍO, luego BELTRAN.

Imbéciles! me provocan
cuando de esa desgraciada
tengo la vida en mi mano!...
oh! sentirán mi venganza.

Pero, Ana será culpable
del crímen que se le achaca?
muchas pruebas la condenan
y ni una sola la salva.
Qué importa? Por este medio
lograré que la muchacha
oiga mi ruego... es preciso...
y si me esquiva, y huraña
como siempre se presenta...
Dios tenga piedad de su alma.
Beltran.

BELTRAN. Señor.

BAILÍO. Necesito
ver á la presa; haz que salga
y retírate enseguida.

BELTRAN. Obedezco... Aquí os aguardan. (A Ana.)

ESCENA X.

ANA y el BAILÍO.

BAILÍO. Ana...

ANA. A qué venís aquí?

BAILÍO. A salvarte. . y no perdamos
el tiempo: necesitamos
hablar con franqueza.

ANA. Sí.

BAILÍO. De la suerte airado el ceño
pruebas da para perderte.

ANA. Teneis razon; la más fuerte
de todas es vuestro empeño.

BAILÍO. En fin, no quiero apurar
la razon de tu delito,
porque no la necesito
contigo para luchar.
Préstame ahora tu atencion

y oye bien lo que te digo,
porque vengo como amigo
á concederte el perdon.
Sé que tú amas á Miguel,
no lo niegues; él te adora,
pero esta pasion traidora
va á perderte á tí con él.
Inocente ó acusada,
tu vida pende de mí;
segun respondas aquí,
serás ó no perdonada.
Yo te amo; pero tu muerte
impedir no podrá amor...
te amo, sí, y tendré valor
de salvarte ó de perderte.
Me dirás que es ruin, impío,
cobarde mi proceder,
pero yo quiero vencer
de algun modo tu desvío.
Reunido el tribunal
hoy mismo para juzgarte,
no tardará en sentenciarte
á la pena capital.
Pero antes que la sesion
celebre, yo solo puedo
inventando algun enredo,
trastornar la direccion
del asunto, de manera
que aparezca entre la gente
completamente inocente
la que antes criminal era.
Así, ó muerta con Miguel,
ó viva en mi compañía...

ANA. La gloria con vos seria
un suplicio harto cruel.
Si para lograrla es fuerza

ser infame, no la quiero:
contenta con su amor muero,
nada hay que lo dicho tuerza.
Si conservo la inocencia
lo demás es lo de ménos:
los malos juicios agenos
no turbarán mi conciencia.

BAILÍO. Te expresas de tal manera
porque aun tienes esperanza,
porque tu vista no alcanza
el porvenir que te espera.
Porque no has formado un juicio
de lo que es ir á espiar
una falta en un lugar
infamado, en el suplicio.
El pueblo, en tu rededor
ajará con su mirada
tu juventud recatada
y tu femenil pudor.
El pueblo que manifiesta
su feroz inclinacion
y á ver una ejecucion
va cual si fuera á una fiesta.
Luego el verdugo...

ANA. Oh! callad!

BAILÍO. Parece que tienes miedo?
Pues un pálido remedo
es esto de la verdad.
Así decídete al punto,
que es crítica la ocasion,
y elige la solucion
que debe darse al asunto.

ANA. Dios santo!

BAILÍO. (Es mia... vacila...)

ANA. (Ese cuadro pavoroso
viene á turbar mi reposo

y mi entusiasmo aniquila...)

BAILÍO. Elige.

ANA. (Con resolucion.) No, á la verdad...
no haré mayor mi amargura...
Dios es Dios; yo sóy su hechura;
cúmplase su voluntad.

BAILIO. Conque desoyes cruel?...

ANA. No espereis de mí otra cosa.

BAILÍO. Cede, y yo te haré mi esposa.

ANA. Y de mí, qué hará Miguel?

BAILÍO. Le pierdes de esa manera.

ANA. Bien.

BAILÍO. Por la postrera vez!

ANA. Ya lo he dicho: venga el juez
ó el verdugo cuando quiera.

BAILÍO. (Asiéndola una mano con violencia.)
Pues árbitra de tu suerte
has sido, basta de ruego,
y á nadie maldigas luego
por tu sentencia de muerte.
(La despide con furor: Ana cae de rodillas y el Bailío sale precipitadamente.)

ESCENA XI.

ANA y BELTRAN.

BELTRAN. Demonio! Qué cara lleva
el señor Bailío!... Algo
le ha sucedido de nuevo...
y muchísimo de malo.
Pero os sentís indispuesta?

ANA. No, amigo mio.

BELTRAN. Canario!
Qué palidez!

ANA. Fué un vahido.

BELTRAN. No tiene nada de extraño,
porque en situacion tan crítica...
En fin, yo vengo á avisaros
de que está ahí Blas.

ANA. Dios clemente!
Hacedle entrar.

BELTRAN. A eso vamos:
pero es fuerza que seais
muy breve, si algun encargo
teneis que hacerle... las cosas
toman un sesgo muy raro,
y la cara del Bailío...
no vaya yo á ser el blanco...

ANA. Bien: descuidad: yo no quiero
exponeros... mas en tanto
estamos perdiendo el tiempo.

BELTRAN. Le llamaré. (Sale.)

ESCENA XII.

ANA y BLAS por la derecha.

ANA. No descanso
hasta saber de mi padre;
y Blas que me quiere tanto,
hará ese favor por mí...

BLAS. Ana... por vida del diablo...
perdona... siento en el alma!...
(Llorando.) En fin, que lloro ó estallo...

ANA. Ay! Blas... qué placer me causa
ese compasivo llanto...
ven aquí... más cerca... más,
y dame á estrechar tu mano:
tú eres un amigo noble.

BLAS. Dios mio, yo estoy soñando!
Anita en un calabozo!

La virtud aquí, entre cuatro
súcias y húmedas paredes,
siendo digna de un palacio!
Porque tú eres inocente
aunque digan lo contrario
el Bailío y los papeles
que se llevó el escribano.

ANA. Sí, Blas; me avergonzaria
en tu presencia si acaso
con tan horrible delito
el alma hubiera manchado.

BLAS. Es que... yo siempre lo he dicho.
—Ana es inocente, cuando
su semblante está tranquilo
y no la tiembla la mano...
En fin, qué hay en este asunto?
porque yo por más que hago
no acierto á hablar al Bailío...
desde ayer le ódio. Un trancazo
le voy á dar, de seguro
que le deslomo.

ANA. Es en vano
todo cuanto por salvarme
se intente, pues ya probado
dicen que está mi delito...
En fin, tiempo no perdamos.
Ayer me hiciste una oferta
que yo no acepté.

BLAS. No caigo...

ANA. Me brindaste tus ahorros.

BLAS. Sí, y te los hubiera dado,
y ahora los vuelvo á ofrecer
si pueden servirte de algo.

ANA. Acepto, pero no toda
la cantidad.

BLAS. Pues bien ¿cuánto

necesitas?

ANA. Solamente...
quiero que me dés diez francos.
Y advierte, mi pobre Blas,
que no puedo reintegrarlos
y que de fijo los pierdes.

BLAS. Tres luises tengo guardados;
si con ellos y mi sangre
pudiera... voto á mil diablos!

ANA. No te aflijas.

BLAS. Vuelvo al punto.

ANA. No, quédate; es necesario
que añadas á ese favor
otro.

BLAS. Dí.

ANA. Fuerza es ser cauto,
pues si te sorprende alguno...
En fin, oye con cuidado.
A la salida del pueblo,
antes de los avellanos,
hay un sáuce muy frondoso;
ahora bien, sin más retardo,
en el tronco dejarás
el dinero... ¡por Dios santo!
aléjate y no pretendas
ver...

BLAS. Lo juro; aunque es extraño
cuanto acabas de decirme,
no temas; has confiado
en mí, y por ningun motivo
te haré traicion; ni pensarlo!...

ANA. Y Dios recompensará
tan noble accion... yo no hallo
palabras con que expresarte...

BLAS. Pobre Anita!... yo que tanto
te... aprecio...

ANA. Dí que me amas,
lo sé.
BLAS. Cómo!
ANA. Hace ya un año
que sorprendí tu secreto,
y si no he recompensado
tu cariño, es...
BLAS. Yo tambien
lo sé: Miguel es un guapo
muchacho, que se ha batido,
y tiene tres cruces... vamos,
yo no sirvo para nada...
(Sollozando.)
me alegro que os ameis... claro!
ANA. (Quitándose una cruz del cuello.)
Toma esta cruz; llévala
en mi nombre.
BLAS. La rechazo
si quieres pagar con ella
el dinero que te he dado.
ANA. No, no; guárdala en tu pecho;
yo tus favores no pago
sino con mi estimacion;
de mi madre es un regalo,
y porque mucho la estimo
te le doy... prenda de hermano.
BLAS. Juro no apartarla nunca
de mi corazon.
ANA. (Dándole una sortija.) Te encargo
que entregues esta sortija
á Miguel; dile que le amo
y moriré bendiciéndole. .
BLAS. Dios mio!
ANA. Al señor Gervasio
y á Juliana, que yo nunca
les ofendí, que confiando

en su perdon moriré
tranquilamente... y pues tanto
haces por mí, tú tambien
has de perdonarme.

(Se arroja llorando á los piés de Blas; este la levanta.)

BLAS. Rayo
de Dios!... aquí no hay justicia.
Ah Bailío condenado!
le aplasto sin más remedio.

ESCENA XIII.

DICHOS, BELTRAN y GENDARMES por el foro.

BELTRAN. Venid, os está esperando
el Tribunal.

BLAS. Miserables!
el tribunal de Pilatos!

ANA. (A Blas.) No olvides el sáuce... adios...
ruega por mí... vamos.

BELTRAN. Vamos.

(Ana sale con los gendarmes: Blas queda como petrificado.)

BELTRAN. (Tocándole en el hombro.)
Quereis quedaros aquí?
Se os dará de valde el cuarto.

BLAS. (Saliendo.) Muchas gracias; no pretendo
servir de carga al Estado...
(Si perece... voy á hacer
una de pópulo bárbaro...)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Plaza de la aldea: al foro casa de Ayuntamiento; á la derecha cerca con puerta rústica que sirve de entrada al huerto de Gervasio; á la izquierda la torre y parte de la iglesia; al lado opuesto, un banco; calles laterales.

ESCENA I.

RICARDO.

Hé aquí la plaza: no hay nadie
(Mirando á uno y otro lado.)
á quien poder preguntar
por la casa de Gervasio,
donde creo que estará
huyendo de la justicia
oculto el pobre Marcial.
Aun cuando verle no logre,
su hija al menos sabrá
el sitio donde se esconde...
Suerte ha sido el escapar
de una sentencia de muerte,

siendo tan rígida y tan
severa la disciplina...
Gracias á que al informar
el capitan sobre el caso,
ha paliado el capitan
la gravedad del delito
con la conducta ejemplar
del acusado... Antes de
ver al Bailío será
muy prudente el informarme...
(Viendo á Blas que sale por la puerta del cercado contando dinero.)
A este podré preguntar.

ESCENA II.

RICARDO y BLAS.

BLAS. Cinco y cinco diez... completa
está aquí la cantidad...
RICARDO. Buen hombre, decidme...
BLAS. Qué
se le ofrece al militar?
RICARDO. Podreis indicarme dónde
vive un tal Gervasio?
BLAS. Bah!
como que es padrino mio...
Vais alojado?
RICARDO. No tal,
quiero solamente hablarle
de un asunto.
BLAS. Pues mirad,
esta cerca es de su casa,
mas la puerta principal
está al volver esa esquina;
si no quereis rodear

entrad por aquí... es el huerto.

RICARDO. Gracias... voy... (Se dirige á la puerta, pero se detiene.)

BLAS. (Qué le querrá
decir?)

RICARDO. (Prefiero ver antes
al Bailío.)

BLAS. Qué, no entrais?

RICARDO. Volveré luego; ahora tengo
que hablar al Bailío.

BLAS. Ya...
entonces seguid derecho
esa calle, y al final
hallareis su casa, la última
de la izquierda... en el zaguan
vereis una puerta verde
con llamador de metal
en figura de culebra
enroscada; más acá,
junto aquel chopo inclinado
vereis...

RICARDO. Gracias; voy allá.
(Qué hablador tan sempiterno!)
(Vase por la izquierda.)

BLAS. (Debe ser un oficial!)

ESCENA III.

BLAS mirando hácia el fondo, por donde cruzan de derecha á izquierda los aldeanos.

Pero á dónde vá esa gente?
Ah! ya comprendo... Dios mio!...
van á oir al buen Bailío. (Con ironía.)
Condenar á una inocente!
Yo no quiero, voto á tal!
presenciar ese debate,

por no hacer un disparate
delante del tribunal.
Tan ridículas sandeces
me harian perder la calma
sin duda, y romperme el alma
con alguno de los jueces.
Pobrecilla! siento aquí
toda una tracamundana...
vamos, si perece Ana,
no sé qué vá á ser de mí.
Por ella, con mil extraños
afectos el alma lucha...
por ella he roto la hucha
que me compré hace tres años.
Una hucha que me costó
dos cuartos!... donde guardaba
los ahorros que destinaba
á mi casamiento!... no,
sin ella buscar no quiero
para esposa otra mujer...
ella no lo puede ser
conque me estaré soltero,
que no es ningun desatino.
Cumplamos su voluntad
dejando esta cantidad
en el sáuce del camino.
Vive Dios, que no comprendo
semejante comision!...
mas no he de hacerla traicion
su secreto descubriendo.
Su razon tendrá sobrada
para obrar de tal manera...
En fin, sea lo que quiera,
á mí no me importa nada.
(Vase por la derecha.)

ESCENA IV.

MARCIAL por la derecha.

Qué agitacion!... qué ansiedad!
A riesgo de ser cogido,
de mi escondite he salido
para saber la verdad.
El fatídico rumor
que corre de boca en boca,
mi curiosidad provoca
y enflaquece mi valor.
Extraño presentimiento
llena mi alma de amargura,
y no sé lo que me augura
de terrible y de violento.
Acusan á una mujer
de haber robado... y la dán
el nombre de Ana... qué afan!
no, mi hija no puede ser.
Su honradez no necesita
que yo defenderla intente...
pero... esta angustia creciente!...
y haber faltado á la cita!
Qué ha podido motivar
su detencion?... yo no acierto...
Si llego á ser descubierto
sin que antes logre aclarar
lo que pasa... qué agonía!...
obligado á presentarme
cuando debiera ocultarme
de todos... pobre Ana mia!
Qué situacion! Un momento
de arrebato, de locura,
qué de males me procura

y de desdichas sin cuento!
Una sentencia de muerte:
la infamia y el deshonor...
no hay en el mundo valor
que afronte tan cruda suerte!
alguien se acerca... tratemos
de disimular, no sea
que sospechoso me crea
este hombre, y nada logremos.

ESCENA V.

MARCIAL y JUAN, derecha.

MARCIAL. Podríais encaminarme
á la casa de Gervasio?
JUAN. Cerca la teneis, mirad
la puerta de su cercado.
Sois forastero?
MARCIAL. Sí, á fé;
vengo á evacuar un encargo
desde París.
JUAN. Pues, amigo,
habeis por cierto llegado
en una ocasion bien crítica.
MARCIAL. Qué decís?
JUAN. Que de un amargo
pesar son víctimas todos
en la casa.
MARCIAL. (Cielo santo!)
Hablad, qué pasa?...
JUAN. No puedo
detenerme; voy volando
al tribunal; mi presencia
es necesaria...
MARCIAL. Letrado

sois por ventura?

JUAN. Alguacil.

MARCIAL. Pero qué sucede?... vamos. .
hablad...

JUAN. En resúmen nada,
porque es muy vulgar el caso;
mas la persona acusada,
reune tantos y tantos
méritos, muy anteriores
por supuesto al atentado,
que el pueblo espera con ánsia
la sentencia.

MARCIAL. Voto al diablo!
Pero qué crímen es ese?

JUAN. (Debe estar algo tocado
este individuo... los ojos
los tiene fuera del casco...)
En fin, sabed que una chica,
criada de ese Gervasio,
le ha sustraido un cubierto
de plata, de no sé cuántos
quilates...

MARCIAL. Su nombre...

JUAN. Pero
qué teneis? (Será maniático?)

MARCIAL. El nombre de esa mujer...

JUAN. Ana

MARCIAL. (Asiéndole un brazo.) Y decís que ha robado?

JUAN. Un cubierto. (Qué demonio
de hombre!)

MARCIAL. Mentís!

JUAN. Por San Pablo!

MARCIAL. Digo que es falso y que sois
un impostor, un villano...
que esa mujer es honrada.

JUAN. Pero hombre, si está probado

el crímen.

MARCIAL. El de acusarla
voy á castigar.

JUAN. (Huyendo, izquierda.) Canario!
Cuando digo que está loco!

MARCIAL. (Conteniéndose.)
Qué voy á hacer, insensato!

ESCENA VI.

MARCIAL y RICARDO, por la izquierda

RICARDO. No he podido hallar en casa
al Bailío, que ocupado
se encuentra en el tribunal.

MARCIAL. Mi hija.. imposible! es un falso
testimonio... Mas qué veo?
Ricardo!

RICARDO. (Abrazándole.) Marcial!

MARCIAL. Ricardo,
tú aquí! qué desgracia indica
tu presencia?

RICARDO. No, al contrario...

MARCIAL. Vienes á notificarme
la sentencia?

RICARDO. Y ese encargo
hubiera admitido yo?
tu amigo... digo, tu hermano?

MARCIAL. Tienes razon; estoy loco...
deliro, no se lo que hablo.

RICARDO. Marcial, recelar no debes
al verme aquí nada malo.
Estás absuelto... eres libre...

MARCIAL. (Distraido.)
Ella!... no quiero pensarlo...

RICARDO. Pero qué es eso?... no me oyes?

MARCIAL. Sí... decias...

RICARDO. Que has librado
de un inminente peligro...
Sí, sí, alienta, estás en salvo.
El Consejo reunido
te sentenció á ser pasado
por las armas; esta nueva,
aun cuando ya la esperábamos,
llenó de consternacion
al regimiento; los bravos
oficiales en seguida
tu perdon solicitaron,
apoyando sus razones
en tu conducta y bizarro
proceder: el capitan
mismo declaró en descargo
de tu causa, que él dió márgen
á tu imprudente arrebato
con sus maneras violentas...
levantándote la mano.
Al fin, se acordó el perdon,
y yo, Marcial, que ya en autos
estaba respecto al sitio
de tu retiro, volando
partí de Paris, por ser
el primero que tan grato
anuncio te diese... abrázame,
Vive Cristo! y no con tanto
abatimiento recibas
la libertad.

MARCIAL. Ay, Ricardo!
en qué situacion encuentras
á tu amigo.

RICARDO. Sí que extraño
la expresion de tu semblante
abatido y trastornado...

Qué sufrimiento te agovia?
Qué dolor tan sobrehumano
en tu rostro se retrata?

MARCIAL. Juzga de él por lo que acabo
de saber; mi hija está presa;
de un crímen horrible, bajo,
se la acusa... dicen que...
pero no es posible!

RICARDO. Vamos.

MARCIAL. Dicen que ha robado.

RICARDO. Cielos!
es imposible!... es engaño...
O tu hija se ha vuelto loca.

MARCIAL. Pues bien; si existe ó no agravio,
es preciso averiguar.
Quiero verla...

RICARDO. Yo á tu lado
te seré útil.

MARCIAL. En qué sitio
se encontrará?

RICARDO. Algun paisano
podrá decírnoslo.

MARCIAL. Sí,
yo no vivo, no descanso
hasta enterarme de todo,
y si es cierto... si en un rapto
de alucinacion...

RICARDO. Qué dices?
deliras!...

MARCIAL.. Oh! vamos.

RICARDO. Vamos.

(Salen por la derecha.)

ESCENA VII.

BLAS.

Cumplí ya mi cometido;
estoy de vuelta y cansado.
Tanto, y tan bien he corrido
que vengo descoyuntado.
Aunque segun dice el cura,
hombre de ciencia probada,
las penas y la amargura
cansan más que una jornada.
Y yo tengo el corazon
lo mismo que una avellana.
En fin, de mi comision
no puede quejarse Ana.
Dejé á la izquierda el barranco
junto al prado de Miguel...
Pero, hombre, habiendo aquí un banco
debo aprovecharme de él.
(Se sienta.) El dinero consabido
iba en el tronco á dejar,
mas me sentí poseido
de una idea singular.
Dije: esta suma no gana
gran cosa quedando así:
alguno de parte de Ana
vendrá á recojerla aquí.
Este alguno debe ser
persona á quien ella quiera
amparar y socorrer...
Esto lo alcanza cualquiera.
Conque así la voluntad
de Anita excedo por hoy,
y dejo la cantidad

de tres luises, y me voy.
Para qué quiero el dinero
no estando en su compañía?
De qué sirve el candelero
si se acaba la bujía.
Además que no me explico
el afan que causa el oro...
yo sin un franco soy rico,
tengo esta cruz... un tesoro.
(Saca la cruz que le dió Ana.)
Anita la puso aquí,
de su cariño expresion...
Vale esta cruz para mí
lo que no vale un millon.
Por cierto que no he podido
dar la sortija á Miguel.
(La busca en el bolsillo dejando la cruz sobre el banco.)
Vamos, á que la he perdido?
Lo sentiría por él.
No, está aquí... me alegro mucho,
cumpliré mi encargo luego.
(Viendo á la urraca sobre el banco.)
Pero, maldito avechucho
que sin tregua ni sosiego
me sigue á cualquiera parte
cual si se gozase en ello...
(Vá á sacudirla: la urraca huye á la torre llevándose la cruz sin que Blas lo advierta.)
haces muy bien en largarte...
iba á retorcerla el cuello.

ESCENA VIII.

BLAS y JUAN izquierda.

JUAN. Parece que no has querido
asistir al juicio?

BLAS. No,
para no perder el mio
ha sido mucho mejor.

JUAN. Todo el pueblo presuroso
llenaba el ancho salon.

BLAS. Y no se habrá levantado
entre tantas una voz
pidiendo gracia!

JUAN. Era inútil.

BLAS. Pero en ello ¡vive Dios!
salvaba el pueblo su honra.
Es una infamia, un borron
para nosotros, dejar
que se realice esa atroz
injusticia.

JUAN. Amigo Blas,
te expresas con tal calor...

BLAS. Como que estamos en Julio.

JUAN. Ello es que sin remision
está perdida; no hay medio
de salvarla... es un dolor!
Ana se obstinó en callar
sin que de la acusacion
rechazar quisiera un cargo,
y el tribunal sentenció
en vista de tantas pruebas.

BLAS. Pobrecilla! vamos, yo
no se lo que me sucede.

JUAN. Pero, hombre, á qué esa emocion?
no es cosa del otro jueves...

BLAS. Para tí sin duda; no;
porque estás acostumbrado
como hombre sin corazon,
como alguacil, que es lo mismo,
á vivir con el terror;
pero el hombre que no tiene

ese cínico valor,
el que siente algo en el pecho,
en asuntos como el de hoy
debe maldecir el dia
en que á este mundo nació.

JUAN. No me juzgues de ese modo.

BLAS. (Buscando la cruz.)
Pero qué es esto?... gran Dios!

JUAN. Qué buscas?

BLAS. No está en el banco...
Dónde la habré puesto?... oh!
ya comprendo... el pajarraco
maldito se la llevó...

JUAN. Qué dices?

BLAS. Una cruz de oro!
Una querida expresion
de Anita, la infame urraca
hace un momento que huyó
con ella... viven los cielos!...
valia más de un millon
para mí por ser objeto
suyo.

JUAN. Já, já...

BLAS. Sí señor...
celebra la gracia... es cosa
que merece... un torniscon...
Rie y te arrimo un moquete;
Habrá urraca más atroz?

JUAN. Es amante de las joyas
la urraca?

BLAS. Pues como yo
me la encuentre, voy á dar
al traste con su aficion.

JUAN. Mira, mírala en la torre...

BLAS. Ah! infame, pues allá voy,
(Amenazando con el puño.)

y te has de acordar de mí
como una y una son dos.
(Se dirige á la iglesia. Váse Juan por la izquierda.)

ESCENA IX.

JULIANA, GERVASIO y MIGUEL. Salen por la izquierda y se dirigen á su casa.

GERVASIO. Infeliz!
JULIANA. Ya no hay remedio!
GERVASIO. En tan fatal situacion
un milagro solamente
puede salvarla...
JULIANA. Señor,
pero por qué la muchacha
con silencio tan feroz
se condena? por qué no habla?
GERVASIO. Dice que no hará traicion
á un secreto que pudiera
dañar á un tercero.
JULIANA. No,
nunca me consolaré
de tal desgracia.
MIGUEL. Por Dios,
entremos; no tengo fuerzas,
no hay en mi pecho valor
para afrontar esa inmensa
desdicha.
GERVASIO. Resignacion!
MIGUEL. Para esto salvé la vida
en tantos combates!... oh!
Por qué una bala enemiga
no me llevó con honor
la existencia que aborrezco?
GERVASIO. Calla, hijo mio; no son

pensamientos de cristiano
los tuyos... es lo mejor
resignarse y acatar
los decretos de quien dió
al hombre bienes y males
en justa compensacion.
(Entran en el cercado.)

ESCENA X.

JUAN, ANA, BELTRAN GENDARMES y PUEBLO izquierda.

Al llegar Ana al centro del teatro, entre la iglesia y la casa de Gervasio, se detiene.

ANA. Permitidme, Beltran, que me despida
ya que por vez postrera los contemplo,
de los caros objetos de mi vida,
de mi casa querida,
y del sencillo templo
donde aprendí la calma bienhechora
que hace ménos cruel mi última hora.
Aquí el altar con su modesta imágen
á cuyo pié lloraba
cuando mi pobre corazon sufría...
Y la vírgen mi pena consolaba,
y un rayo de alegría
el amargo dolor dulcificaba.
Cuántas veces al son de la campana
al cielo dirigí fervientes preces...
Ay de mí! cuántas veces!...
Y hoy viene aquí á llorar la pobre Ana
los terribles rigores de su estrella,
sin que encuentre unos ojos
que viertan una lágrima por ella!...
Adios, vírgen querida,
mi santa protectora,

recibe el sacrificio de mi vida,
y ven en mi última hora
á recoger mi llanto
entre los pliegues de tu puro manto.
(Mirando hácia la casa de Gervasio.)
Héla allí mi casita solitaria,
cercada por los árboles del huerto...
Adios, mansion de calma y de ventura;
al lanzarme de tí tus moradores
han sembrado en mi pecho la amargura,
y con crudos dolores,
con ignominia extrema
echan sobre mi frente un anatema.
(A Beltran, deteniéndose.)
Vamos... gran Dios!... que siento
en medio de tan bárbara agonía
agitarse en mi mente un pensamiento.
Mi padre!... suerte impía!
Ah! no quiero morir... Dios poderoso!
En esta incertidumbre aterradora
morir seria un crímen espantoso...
Mi padre... dónde está?... yo quiero verle...
y que al perder la vida
lleve su bendicion por despedida...
Dirá al saber la causa que me mata
que yo sus canas, vil, he deshonrado,
maldecirá á la ingrata
hija, que en él ha echado
con tan torpe delito
un borron que le hará siempre maldito.
Ah!... (Cae abatida.)

BELTRAN. Levantad.

JUAN. Pobrecilla!
desgarra el pecho su pena...

ANA. Qué es esto? sois vos?...

BELTRAN. Seguidme.

ANA. Ireis á encerrarme?
BELTRAN. Es fuerza.
ANA. Es verdad... ya me olvidaba
de mi terrible sentencia.
Vamos, perdonad, buen hombre,
si os causo tanta molestia...
Parece un sueño, Dios mio!
Miguel!... Blas!... todos me dejan...
Dios tenga piedad de mí,
y abrevie esta horrible pena.
(Salen derecha.)

ESCENA XI.

JUAN y BLAS en la torre.

JUAN. A fé de alguacil honrado
que ninguno hasta la fecha
ha enternecido mi alma
que es en verdad poco tierna.
BLAS. Hola, padrino, Miguel
vengan todos... sí, sí, vengan...
es inocente... yo tengo
muchas, muchísimas pruebas...
No me oyen... ¡viven los cielos!
que he de apelar á otra lengua,
y me van á oir los sordos.
(Toca la campana precipitadamente.)
JUAN. Qué es eso? Quién concerrea
con tanta furia? Se ha vuelto
loco el sacristan por fuerza.

ESCENA XII.

DICHOS, JULIANA, GERVASIO y MIGUEL por la derecha.

JULIANA. A qué tocan?
GERVASIO. Yo no sé.
BLAS (Gritando.) Padrino...
MIGUEL. Es Blas!
JULIANA. Qué simpleza!
BLAS. Vayan avisar al juez,
al Bailío... su inocencia
está probada.
MIGUEL. Qué dice?
BLAS. Ved el cubierto, la prenda
de su acusacion... mi cruz....
JULIANA. Desvaría su cabeza
sin duda!...
GERVASIO. Baja.
BLAS. Allá voy.
MIGUEL. Hablaba de Ana...
JUAN. De esta hecha,
va á parar en una jaula...
(Caramba! que la doncella
con su crímen va á ser causa
de que todo el mundo pierda
el juicio...)

ESCENA XIII.

DICHOS, BAILIO, ALGUNA GENTE DEL PUEBLO y despues BLAS.

BAILIO. Qué nos indica
ese toque?
JUAN. Una ocurrencia
de Blas... se subió á la torre...

MIGUEL. (Yo no sé por qué sospecha
mi corazon algo bueno.)
BAILÍO. Pues le juro por mi abuela
que puede costarle caro.
BLAS. Señor Bailío.
JUAN. (Aquí es ella.)
BAILÍO. Te has metido á campanero?
pues yo te daré la cuerda.
BLAS. Sí, justo es que con campanas
se celebre hoy una fiesta,
una alegria... una cosa
que á calificar no acierta
mi lengua, porque turbada
está de placer mi lengua.
JUAN. Nada, loco rematado!...
BAILÍO. Has perdido la chaveta?
BLAS. Sabed que Ana es inocente,
este cubierto lo prueba. (Saca un cubierto.)
BAILÍO. A ver?
JULIANA. Es el mio!
MIGUEL. Cielos!...
BLAS. Se valió la Providencia
de mí, del imbécil Blas...
con que vayan á por ella...
bendita sea la urraca!...
GERVASIO. Qué dice?
BLAS. Que oigan y aprenda. (Al Bailío.)
Hace muy poco la urraca
me hurtó esta cruz... y yo al verla
hacer gestos en la torre
con esa cara tan fea,
subí al punto poseido
de una intencion no muy buena...
iba á retorcerla el cuello,
pero huyó antes que pudiera
echarla el guante... si tiene

más malicia que una vieja!...
Estaba ya despechado,
cuando junto á la escalera
y en un hueco de la tápia
formado por unas grietas,
veo brillar una cosa.
me acerco... Santa Teresa
me valga! Era el nido donde
iba ocultando las piezas
producto de su rapiña,
de su inclinacion perversa.
Allí estaba el tenedor,
la cuchara, unas tigeras, (A Gervasio.)
vuestro gorro de dormir,
un calcetin, dos calcetas,
dos cajas de dulce, cuatro
castañas... una dispensa...

BAILÍO. Pero entonces el cubierto
que vendió á Isaac?...

BLAS. Hay tal tema!
Sería otro...!

BAILÍO. Pero cuál?

BLAS. Yo qué sé?

BAILÍO. Que comparezca
aquí es necesario Ana;
vé al punto y hazla que venga. (A Juan.)

MIGUEL. Yo tambien corro á buscarla...
la alegría me enagena!
Gracias, Dios mio! (Sale con Juan.)

BAILÍO. El asunto,
aunque digan lo que quieran,
no está todavía claro.

BLAS. Pues que enciendan una vela.

BAILÍO. (Se escapa de entre mis manos
si se prueba su inocencia.)

BLAS. Cada vez que considero

que libre de tantas penas
se vá á ver, siento en mi pecho
un no sé qué, que me llena
de alegría... pobre chica!...

GERVASIO.
JULIANA. } Ya está aquí...

BLAS. Cosa como ella!
Yo lloro y rio de gusto:
pobrecita, ya se acerca.

ESCENA XIV.

DICHOS, ANA, MIGUEL, JUAN y ALDEANOS, ALGUACILES, GENDARMES.

MIGUEL. Ana!
GERVASIO. Hija mia!
ANA. (A Juliana.) Señora...
JULIANA. Vén aquí. (Abrazándola.)
ANA. Me mata el gozo!
BLAS. No ha muerto en el calabozo
y se vá á morir ahora!...
ANA. Mi buen Blas...
BAILÍO. Poquito á poco:
sin órden formal y expresa
no se puede de la presa
disponer.
BLAS. (Se ha vuelto loco!)
MIGUEL. Su inocencia ya probada,
quién se atreverá á dudar?
BAILÍO. Sobre eso hay mucho que hablar.
BLAS. No, señor; no hay que hablar nada.
MIGUEL. Mi madre ha reconocido
el cubierto.
GERVASIO. Sí, por cierto.
BAILÍO. Pero, y el otro cubierto?...

el que al judío ha vendido?

ANA. Aun dudais de mí, señor?

MIGUEL. No duda; voto á mi nombre!
es que se ha empeñado ese hombre
en causar su deshonor.
Y yo me empeño á mi vez
en probarle...

BAILÍO. Cómo! á mí?
acudiré al juez...

MIGUEL. Aquí
no tiene que ver el juez.

GERVASIO. Desistid de la querella
porque es inútil cansaros.

MIGUEL. Si no, yo voy á citaros
por faltar á esta doncella.
Deshecha la acusacion
y probada su inocencia,
el insistir evidencia
en vos segunda intencion.
Sabed que fuí militar
y si insistís en su mengua,
os arrancaré la lengua
con que sabeis calumniar.

BAILÍO. La justicia...

MIGUEL. Si hay malicia
en el que es el encargado
de administrarla, excusado
es llamar á la justicia.
Así, seguid la razon
procediendo de otro modo;
pues si no, justicia y todo,
os traspaso el corazon.

GERVASIO. Basta ya.

BAILÍO. (Me ahoga el coraje.)

JULIANA. Ahora es fuerza, Ana querida,
ya que estoy arrepentida

me perdones el ultraje.

ANA. No me avergonceis, callad...
yo nunca os tuve rencor.
Fuí víctima de un error,
pero ya que la verdad
volvió por el honor mio...
no se hable más del asunto.

JUAN. El Bailío está difunto. (A Blas.)

BLAS. Pues que entierren al Bailío. (A Juan.)

ESCENA XV.

DICHOS, MARGIAL y RICARDO, izquierda.

MARCIAL. Hija de mi corazon!

ANA. Padre!... se pierde por mí!

GERVASIO. Hola!... Marcial por aquí?
pues llega en buena ocasion.

MARCIAL. Y á tiempo, por Lucifer!
de salvar á una inocente,
probando que el pueblo miente
al dudar de esta mujer.
Quién ha podido en su honor
poner la lengua atrevido?
Quien acusarla ha podido?
algun infame traidor?
Verdad es, señor Bailío,
que ella ha vendido un cubierto;
pero tened por muy cierto
que se le dí, que era mio.

BAILÍO. Cómo explicais la inicial
comun á entrambos á dos?

MARCIAL. Yo la explico, vive Dios!
porque la mia es igual
á la de Gervasio.

GERVASIO. Sí.

MARCIAL. Siendo Grandville mi apellido.
ANA. Ah! callad... estais perdido...
perdido, triste de mí!
BAILÍO. (Sacando la órden.)
Grandville!... Daos á prision
ANA. Por eso no quise hablar
ni de mi frente lavar
el infamante borron;
porque al salvarme os perdia...
BAILÍO. Sois desertor... y aunque os pese...
MIGUEL. Ah! tu secreto era ese?
MARCIAL. Nada temas, hija mia.
BAILÍO. (A Ana.) El diablo vuelve á ponerte
entre mis manos.
ANA. (Qué horror!)
BAILÍO. A un infame desertor
se castiga con la muerte.
RICARDO. (Adelantándose con la órden de perdon.)
Al que por vicio abandona
sus banderas, es de ley;
pero al buen soldado, el Rey
le dá indulto, le perdona.
ANA. Oh! gozo!
BAILÍO. (Destino impío!)
BLAS. (Al Bailío.) Vuestros esfuerzos son vanos;
se escapó de vuestras manos,
dejareis de ser Bailío.
Todo el pueblo os vá á citar
ante la ley. Con qué gozo
de Anita en el calabozo
os voy á ver patear.
Sí, quiero ver encerrado
con la urraca á ese maldito
para decirle: *Lorito,*
daca la pata, salado.
(Se aleja el Bailío por el fondo.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, menos el BAILÍO.

GERVASIO. La ley le hará castigar.
Yo creo que ahora, Juliana,
consentirás en que Ana
y Miguel...
JULIANA. No hay más que hablar.
Debo una satisfaccion
á la muchacha, y es justo...
Digo, si Marcial con gusto
aprueba...
MARCIAL. Cómo!
GERVASIO. La union
de los chicos.
MARCIAL. Por mi parte
si ellos se aman...
GERVASIO. Está bien;
ahora yo debo tambien
mis satisfacciones darte.
Y para que al casamiento
asistas, es conveniente
dejar inmediatamente
la vida del regimiento.
Yo tengo una cantidad
para redimir tu empeño.
MARCIAL. Imposible! no soy dueño
de aceptarla.
GERVASIO. Sí, en verdad.
MIGUEL. Para casarme con ella
lo pongo por condicion:
ó dejais el batallon...
MARCIAL. Bueno; cese la querella.
BLAS. Dime, Ana, el dinero aquel...

ANA. Mi padre ir por él debia,
pero ya...

BLAS. Pues, Ana mia,
entonces voy yo por él.
Gastarle en la fiesta quiero,
porque en ocasion como esta
debe haber aquí gran fiesta
y baile con el gaitero...

GERVASIO. No me oponge, voto á briós!...

JULIANA. Quedar con honra debemos.

ANA. Pero antes justo es que demos
rendidos, gracias á Dios.
A ese Dios omnipotente
cuyo poder inmutable
descubre siempre al culpable,
ensalzando al inocente.
Siempre benigno y clemente
con el que con humildad
acata su voluntad
sin insultar su poder.
Dios solo puede obtener
el triunfo de la verdad.

FIN.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.—Madrid 1.º de Enero de 1863.—*El Censor de teatros,* ANTONIO FERRER DEL RIO.